

hizo ocupar los puntos de Algezares, Alberca y lugar de D. Juan. El mando de las dos divisiones de caballería recayó en el general Freire, y el de la primera division de infantería en el mariscal de campo D. Francisco Javier Elio. El general Freire hizo un reconocimiento de todo el pais, y dispuso las posiciones que debian ocupar sus tropas en caso de alarma, tras lo cual, noticioso de que los enemigos se reunian en Baza, situó dos avanzadas sobre las avenidas del rio y de Lumbreras. El general en gefe pasó el cuartel general á Alcantarilla con la quinta division, y dejó la reserva en Murcia.

El general Elio se hallaba con su division en Caravaca, y sabiendo que los enemigos trataban de atacarle, se retiró á Totana, quedando en Lorca el general Freire con las fuerzas de caballería, á las cuales se incorporó el escuadron que cubria el puerto de Lumbreras. Habiéndose retirado Elio sobre Alcantarilla, siguió su marcha para el lugar de D. Juan, y la tercera division se situó desde dicho lugar hasta el de Nora, de suerte que el dicho pueblo de D. Juan formaba la izquierda de la línea; razon por la cual se fortificó su posicion cerrando sus calles, habilitando las tapias exteriores, y abriendo una cortadura que unia la acequia de Turdebal con el Malecon. La primera division ocupaba el centro de la línea sobre Alcantarilla y el camino real de Lorca, y la quinta, con su cuartel general en Nora, guarnecia á Jabali-Viejo y demas puntos circunvecinos de alguna importancia.

Colocáronse sobre la altura de la casa llamada de los Carbones seis piezas de artillería de varios calibres, y se cubrieron las avenidas á derecha é izquierda de la barca, encerrándose un regimiento en el convento de San Gerónimo, edificio fuerte de suyo, y cercano á las tropas.

Situadas de esta suerte las divisiones, restituyóse el general en gefe con su estado mayor á la ciudad de Murcia, donde como hemos dicho, permanecia la reserva del ejército.

La caballería española ocupaba á Lorca. Los franceses, dueños ya del puente de Lumbreras y de Velez-Rubio, atacaron por el camino real á nuestras descubier-



tas, obligándolas á retroceder hasta el puente de una acequia distante media legua corta de aquella ciudad, en donde reforzadas las guerrillas con una respetable guardia, y sostenidas por un escuadron de carabineros Reales, rechazaron con bizarría al enemigo, obligándole á unirse al grueso de sus columnas que, venian en alcan-

ce de los españoles. La caballería al mando del general Freire salió de Lorca, y á la salida de los olivares del camino de Totana formó en escalones. Los enemigos avanzaban con recelo y siempre contenidos por nuestras guerrillas. Despues, á la entrada de Lorca, se arrojaron sable en mano sobre ellas y las hicieron retroceder; mas al llegar al rio se encontraron con una línea de tiradores que les disputaron el paso, logrando contenerlos hasta el momento en que llegando el grueso de las columnas contrarias, hicieron estas á los tiradores replegarse hasta los olivares donde empezaban los escalones. La retirada se efectuó con el mayor orden y los franceses no pasaron de los olivares de Lorca. Las guerrillas y los carabineros Reales hicieron este dia prodigios de valor.

Entretanto el general Blake, que con su cuartel general permanecia en Murcia, fortificaba esta ciudad con reductos y con todas las demas obras á que dió lugar la premura, disponiendo ademas partidas y retenes de paisanos que cooperasen armados á la defensa de la capital, guardasen sus puertas y contribuyesen al sosten de los puntos atacados. Imitando la conducta que observó en la guerra de sucesion el obispo D. Luis Belluga, dispuso igualmente la inundacion de la huerta, medio seguro aunque no muy hacadero, ya por lo poco caudaloso que, especialmente en verano, es el Segura, ya por la calidad de las obras establecidas para el caso de una fuerte avenida. Eso no obstante, quedaron inundados los caminos, con la sola excepcion de los precisos para la comunicacion de las tropas españolas. Fué entonces de admirar el patriotismo con que acudieron en torno de Blake los habitantes de todos los partidos, hasta los que no pertenecian á la provincia, como el de Orihuela, distribuidos en compañías y secciones para incorporarse al ejército. Los paisanos todos manifestaban tanto entusiasmo como docilidad, y observaron la mejor armonía con la tropa. Blake declaró á Murcia amenazada de invasion, sometiéndola al solo y puro gobierno militar, y esta providencia, que generalmente es recibida por los pueblos con desagrado universal, acogióla el murciano sin disgusto, por el anhelo de no ver repetidas en su hermoso suelo las anteriores tropelias de Sebastiani.

El general Elio practicó un prolijo reconocimiento sobre la posicion de la acequia mayor, eligiendo los puestos mas convenientes para recibir al enemigo. La quinta division, que se hallaba en Don Juan, situóse tambien oportunamente dejando á retaguardia el Hospital y repuestos.

En la noche del 4 de agosto llegó escoltada con un escuadron de caballería la artillería que estaba en Totana, y colocóse junto á la quinta division. Replegada luego por disposicion del general Blake, se retiraron cuatro piezas, dejando las dos restantes en la altura de la casa de los Carbones, con orden de que si el enemigo llegaba á forzar aquel punto, se retirasen al convento de San Gerónimo, defendido, como se ha dicho, por un regimiento, abastecido con municiones de boca y guerra para 15 dias, y fortificado con reductos y demas obras que permitió construir lo angustioso del tiempo.

La caballería española permanecia en Totana. Al amanecer del dia 5 rompieron los enemigos el fuego contra las avanzadas que teníamos á media legua de aquel pueblo, en el camino de Lorca, siguiendo rápidamente su alcance. Tres escuadrones españoles que se hallaban formados en escalones á la salida de Totana, é igual número cerca de Alhama, emprendieron su retirada. Los sucesos de este dia fueron varios. Los españoles con sus diversos movimientos consiguieron entorpecer la marcha de los franceses, y así llegaron los primeros á la rambla de Algezares, cerca de Lebrilla, en cuya orilla izquierda se situó la tercera division de caballería con 4 piezas volantes, bastantes para contener al enemigo si hubiera intentado pasar la rambla. Este, empero, hizo alto y retrocedió, quedando aquella noche en Alhama, y nuestra caballería en Lebrilla. Al amanecer del siguiente dia presentáronse ya formadas las tres divisiones de infantería española en sus respectivas posiciones de D. Juan, Alcantarilla y Nora, prontas á recibir al enemigo, cuyas disposiciones indicaban ser su intencion atacar la huerta. En efecto, al salir el sol descubriéronse

sus columnas que se acercaban á Lebrilla. Los esfuerzos de las guerrillas españolas no consiguieron contener al enemigo, antes bien se estrellaron en la caballería de éste, que las arrolló sable en mano, llegando á Lebrilla casi mezclado con ellas. La caballería española, á la cual hemos visto tantas veces lavar con gloria la mancha de Medellín, desplegóse tan oportuna y valerosamente, que contuvo á los enemigos y alentó á las guerrillas, y siguiendo despues su retirada sostenida por estas, defendió todos los pasos y desfiladeros hasta Alcantarilla, donde se hallaba la primera division de infantería, y donde nuevamente se hicieron firmes los españoles. Esta division estaba formada en tres columnas cerradas, avanzando la artillería por sus intervalos, mientras varias partidas, parapetadas en las tapias, y otras emboscadas en las quebras del terreno y maizales, cubrian el campo hasta Voz-Negrá. No bien pasó la caballería retiróse la infantería de las acequias de Fundeval y Barrera, dejando allí un solo batallon que formado en masa cubria la calle principal del pueblo.

Los enemigos, que con ochocientos caballos seguian de cerca á las partidas españolas, dejáronse ver en las alturas inmediatas á Alcantarilla, y haciendo alto, avanzaron sus guerrillas; pero escarmentadas estas por el vivo fuego de nuestras tropas, tuvieron que retroceder, siendo perseguidas hasta que consiguieron incorporarse á sus columnas.

Mientras las tropas españolas defendian palmo á palmo y con tan singular bizarría el terreno confiado á su valor, disponíase la capital con igual heroísmo á la mas obstinada defensa. Luego que desde sus torres avistaron los vecinos las huestes francesas, conocieron por sus movimientos que se encaminaban á la Alcantarilla. Formóse entonces la tropa, y convocándose al paisanage, corrió cada cual velozmente al puesto que tenia designado.

Los enemigos estuvieron mas de una hora al frente de aquel pueblo haciendo reconocimientos, y despues de varias infructuosas escaramuzas se retiraron á Lebrilla, tras lo cual se situó en Espinardo la caballería española, mientras las guerrillas á las órdenes del valiente coronel Villalobos ocupaban á Molina, y un escuadron de caballería defendia el paso de Ubera. Uno de los regimientos que estaban en Alcantarilla tomó posicion detras de la Barrera, como lo habian hecho antes los demas cuerpos. Reconociéndose luego el campo, se advirtió que un cuerpo de 600 caballos enemigos permanecia á corta distancia del pueblo, destacándose luego en dos columnas, de las cuales marchó la una contra los españoles, cuyas avanzadas arrolló, bien que luego acercándose al pueblo, fué rechazada por cuatro compañías que permanecian en él: varios oficiales franceses se aprovecharon de esta escaramuza, que duró media hora, para efectuar sobre el campo un prolijo reconocimiento, replegándose despues á Lebrilla, siempre seguidos y cargados por nuestras guerrillas. La infantería española se mantuvo en sus posiciones; mas la caballería ocupó de nuevo á Lebrilla, abandonada por los franceses. Al amanecer del 8 volvieron estos á atacar las avanzadas españolas, que se mantuvieron firmes por espacio de dos horas, al cabo de las cuales se replegaron los enemigos. Despues de estas escaramuzas cesaron de ambas partes las hostilidades por todo el resto del dia, en razon de haber pasado un oficial español con pliegos para el general frances, haciéndole saber que asi el ejército como el paisanage de Murcia estaban resueltos á defenderse hasta el último estremo, antes que deponer las armas.

El ejército invasor quiso, no obstante eso, volver á probar fortuna, y al amanecer del 9 atacó nuevamente á los nuestros con el mayor ímpetu, y arrollando las partidas avanzadas, entraron sus soldados en la rambla de Algezares mezclados con ellas, siendo allí contenidos por el fuego de nuestros tiradores. Replegada la caballería española que estaba situada en Lebrilla y Alcantarilla, reforzaron los enemigos su vanguardia con 200 caballos, y atravesaron la rambla, envolviendo á las partidas españolas; pero no teniendo este ataque mejor resultado que los anteriores, conocieron al fin los franceses la imposibilidad de adelantar nada en la provincia de Murcia, y así emprendieron formalmente su retirada hácia Alhama, perseguidos constante-

mente por la caballería española hasta Totana, cuyo pueblo abandonaron los enemigos aquella misma tarde. El general Freire, al amanecer del día siguiente, continuó molestándolos en su retirada. Los franceses, después de evacuar á Lorca, se encaminaron hácia Lumbreras y Almería.

suppiss
-do. b.



HUYEN LOS FRANCESES DE MURCIA.

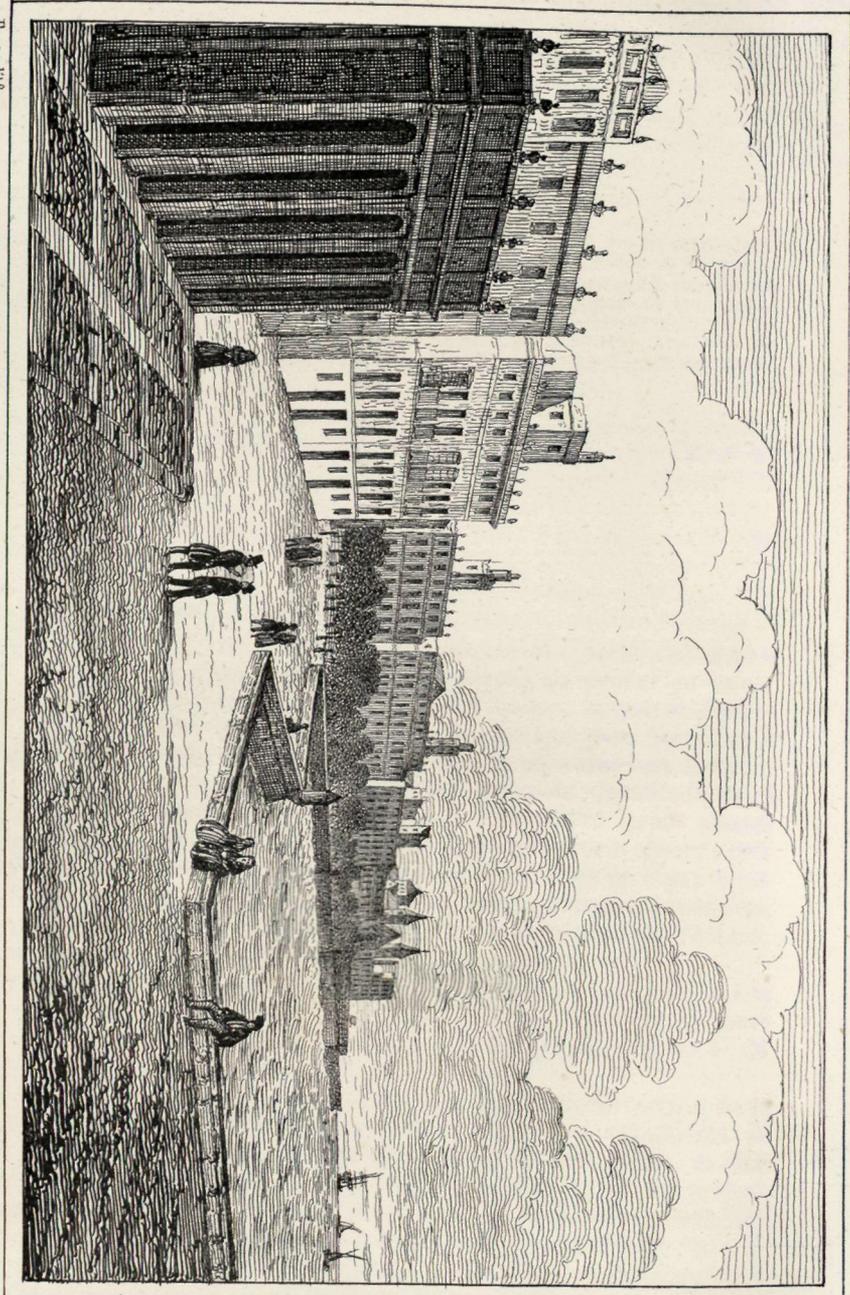
El general Sebastiani privó así á los heroicos murcianos de la gloria de una heroica defensa, consiguiendo con su retirada poner sus tropas á cubierto de la ruina que las amenazaba en el enmarañado laberinto de la huerta de Murcia. Nada consiguió por lo tanto con su ejército de 40,000 infantes, 2,000 caballos y 49 piezas de artillería, sino ajar los laureles que habia anteriormente adquirido en pueblos menos heroicos que el español, y cansar y fatigar inútilmente á sus tropas, que en marchas y contramarchas anduvieron mas de cien leguas sin resultado de ninguna especie. El despedido general vengó bajamente su desaire en los indefensos pueblos del tránsito, dando pruebas las mas insignes de su crueldad con los robos, incendios, estupro, asesinatos y demas iniquidades que acostumbraban á ejecutar en la Peninsula las tropas de Napoleon, que tan odioso hicieron á los españoles el nombre frances.

Después de la retirada de los invasores, dispuso el general Blake que el brigadier D. Vicente Osorio marchase á la Mancha con 300 caballos, á fin de recojer todo el grano que le fuese posible para la manutencion del ejército, destinándose al mismo tiempo un batallon de infanteria con un destacamento de 40 caballos para que recorriendo el pais desde Alcaráz hasta las peñas de San Pedro protegieran aquella operacion. El brigadier Osorio consiguió felizmente su objeto, recolectando abundante cantidad de granos en la Gineta, la Roda, campo de Criptana y Alcázar de San Juan. En aquella sazón empezaron á notarse algunos síntomas de contagio en Cartagena y pueblos de la huerta de Murcia; pero las prontas y acertadas providencias del general Blake lograron preservar de sus desastrosas consecuencias al ejército que mandaba.

Al llegar Osorio á la Roda el 23 de octubre, de regreso de Alcazar de San Juan, campo de Criptana y Mota del Cuervo, presentósele en el camino una columna de 600 infantes y 500 caballos franceses con dos piezas de artillería, y atacando á la

tropa que venia cubriendo y protegiendo el convoy de granos, sostuvo con su caballería un vivísimo fuego, por espacio de tres horas, dando así lugar á que todo el convoy entrase en Albacete antes de terminarse la accion. A la mañana siguiente presentáronse los enemigos de nuevo delante de Albacete. Las guerrillas salieron á contenerlos, y entretanto la tropa y el convoy se pusieron en retirada. Los ataques de guerrillas duraron este dia otras tres horas, pasadas las cuales, y cumplido el objeto de las nuestras, fueron retirándose estas para incorporarse á sus escuadrones. El 25 entraron los franceses en Albacete, pero se retiraron al dia siguiente, conociendo que ya no les era posible apoderarse del convoy. Osorio llegó felizmente al término de su destino, incorporándose con el ejército, cuyo cuartel general hallábase en Mula á la sazón, 7 leguas distante de Murcia.





Perez 119

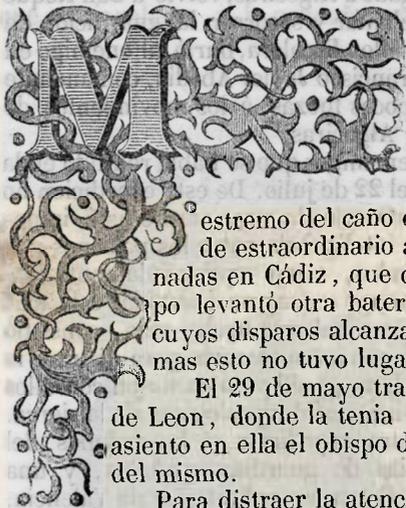
VISTA DE CADIZ.

Litog. de Perez y Doum.



CAPITULO VII.

Sitio de Cádiz: Consiguen los franceses que las granadas y bombas despedidas desde sus baterías alcan- cen hasta la plaza.—La Regencia se traslada á Cádiz: toma asiento en ella el Obispo de Orense.— Expedicion de Lacy á la Serranía de Ronda.—Causas que la inutilizan.—Expedicion del mismo general al condado de Niebla.—Las cañoneras inglesas desbaratan á los franceses algunos de sus traba- jos.—Ataca Lacy la linea enemiga enfrente de la isla.—Flotilla francesa.—Prisioneros: trato que re- cibian.—Censura de los estrangeros sobre este punto.—Expedicion de Lord Blayney.— Insurreccion de la provincia de Granada.—El general Blake toma la ofensiva.—Batalla de Baza.—Toman los france- ses el castillo de Marbella.



MIENTRAS Sebastiani ofrecia al ejército del centro en Murcia tantas ocasiones de probar su valor, continuaba el mariscal Victor, duque de Bellu- no, en sus constantes trabajos para hostilizar á Cádiz, siendo el mas importante una batería, que denominó de la Cabezuola, levantada en el

estremo del caño del Trocadero, y en la cual colocó largos obuses de extraordinario alcance, con los que logró introducir algunas gra- nadas en Cádiz, que causaron poquísimo daño. Despues de algun tiem- po levantó otra batería de morteros de aplaca, de nueva invencion, cuyos disparos alcanzaban tambien hasta Cádiz, distante 4.900 toesas; mas esto no tuvo lugar hasta el año siguiente.

El 29 de mayo trasladó la Regencia su residencia á Cádiz de la Isla de Leon, donde la tenia desde su instalacion, y hasta aquel día no tomó asiento en ella el obispo de Orense, llegado á Cádiz de su diócesis el 26 del mismo.

Para distraer la atencion del enemigo y fomentar la insurreccion de la Serranía de Ronda, preparóse en Cádiz una expedicion marítima compuesta de 3,489 hombres de buenas tropas, á las órdenes del general D. Luis Lacy, el cual dió la vela de aquella bahía el 17 de junio con direccion á Algeciras, en donde desembarcó felizmente. El pensamiento de Lacy, sugerido en parte por el general Ser- rano, que mandaba en la sierra Valdenebro, parecia el mas propio para llenar las mi- ras del gobierno; pues consistia en establecer de mar á mar, dejando á Gibraltar á la espalda, una línea de puntos fortificados, que amparasen respectivamente ambos flancos, cuando se operase en cualquiera de ellos. Se habilitaban tambien en lo inte- rior de la sierra varios castillejos, de los muchos arruinados que se conservan en ella del tiempo de los moros, los mas de ellos colocados en puntos casi inaccesibles. El ejército debía obrar no en masa sino en trozos, reuniéndose solo en ciertas y de-

terminadas ocasiones, y se dejaba á cargo del paisanage guarnecer los castillos, y suplir con reclutas las bajas del ejército de Cádiz. El que tenga una ligera nocion de la Serrania de Ronda y del carácter belicoso de sus habitantes, conocerá la inmensa utilidad que hubiera producido la ejecucion de semejante proyeto. Pero su realizacion exigia tiempo y gastos; y fuera por esto, ó porque el gobierno no llegó á penetrarse de sus ventajas, ello es que se abandonó la idea, y se dejó á solo el valor de los serranos su natural defensa.

Luego que Lacy desembarcó se dirigió á Gansin, desde donde intentó pasar á Ronda; pero tuvo que desistir de su idea al saber que los franceses se habian fortalecido en el antiguo castillo, y formado varios atrincheramientos, teniendo además, escarmentados de los muchos descabros que alli habian sufrido, una fuerte columna móvil en Grazalema, la cual hubiera volado sobre aquella ciudad al menor amago de sitio.

Limitóse, pues, Lacy á hacer algunos movimientos y á contener las correrías de los enemigos, ayudado con las fuerzas de varios partidarios, entre los cuales se distinguian D. José de Aguilar, D. Juan Becerra y D. José Valdivia. Tambien los ingleses, de acuerdo con el mismo gefe español, enviaron al este de la sierra 800 hombres que sirviesen de apoyo en cualquiera desgracia.

No podian los franceses mirar con indiferencia una espedicion, que si llegaba á concentrarse en la sierra, debia serles tan perjudicial y tener en continua inquietud no solo á las tropas que sitiaban á Cádiz, sino tambien las de Sevilla y Málaga, y diéronse priesa por tanto á espulsarla de aquel pais. Para conseguirlo, destacó Victor una division por el lado de poniente, Sebastiani otra por el de levante, encargándose el general Girard de atacar nuestras tropas por el frente. Temiendo entonces Lacy ser envuelto, marchó con su columna á la fuerte posicion de Casarès, embarcándose despues en Estepona y Marbella, y llegado á Algeciras, volvió á San Roque y se corrió de nuevo sobre Marbella, á fin de adelantar y socorrer la guarnicion de aquel castillo que, bajo el mando de D. Rafael Cevallos Escalera, burló al enemigo en las varias tentativas que hizo para ocuparle. D. Francisco Javier Abadia, comandante de San Roque, cooperó tambien, aunque con pocas fuezas, á los movimientos de Lacy, llamando la atencion de los franceses por Algeciras.

El general Lacy, viendo el gran número de enemigos que se habia reunido en la sierra, reembarcó su gente, y regresó á Cádiz el 22 de julio. De esta espedicion no se sacó mas ventaja que molestar al enemigo, distraerle de otras empresas é impedirle que auxiliase la de Portugal. No fué la mala inteligencia entre los paisanos y la tropa de línea la causa de no haber mas resultados, como equivocadamente han creido algunos, ni es cierto tampoco que el paisanage se negase á auxiliar á la tropa, como tambien se ha asegurado. El motivo de no haberse hecho mas, consistió en haber conocido los habitantes ser la espedicion una mera correria para distraer la atencion del enemigo, con ánimo de permanecer la tropa alli para en union con ellos aprovechar las ventajas con que les brindaban las inaccesibles posiciones de la sierra.

En la noche del 22 de agosto salió de Cádiz otra espedicion, á las órdenes del mismo general Lacy, compuesta de ocho compañías de guardias españolas, y una de cada batallon de los regimientos de Murcia, Canarias, voluntarios de Valencia, Campomayor, provinciales de Ciudad-Real, y de dos escuadrillas ademas, con destino al condado de Niebla. En aquel punto seguia el general Copons hostilizando al enemigo, que bajo el mando del duque de Aremberg, hacia con una columna móvil escursiones en el pais. La junta de Sevilla establecida en Ayamonte auxiliaba con actividad las operaciones de Copons, formando acertadamente en la inmediata isla llamada Canela, en el Gaadiana, un depósito resguardado de los repentinos ataques del enemigo. En breve tiempo adquirió tal importancia aquel nuevo establecimiento, que de arenoso desierto que antes era, se convirtió bien pronto en poblacion capaz de ofrecer seguridad y albergue á muchas familias, refugiándose varias veces en ella poblaciones enteras de los puntos amenazados ó invadidos. Construyéronse allí barracas, almacenes, pozos, hornos y talleres de montura, cartuchos y otros pertre-

chos de guerra. Despues se fortificaron tambien sus avenidas, en términos que llegó á convertirse en punto casi inexpugnable.

La expedicion de Lacy, cuya fuerza ascendia á 3,000 hombres, desembarcó el 23 de agosto á dos leguas de la barra de Huelva, entre las torres del Oro y de la Arenilla. Las escuadrillas española é inglesa, la primera á las órdenes de D. Francisco Maurelle, y la segunda á las del capitán Jorge Cockburn, entraron por el rio que forman á su embocadero las corrientes del Odiel y el Tinto, con propósito de ayudar la evolucion de tierra, y atacar por agua á Moguer. En este sitio tenian los franceses 500 infantes y 400 caballos, que sorprendidos se retiraron, haciendo lo mismo los que en igual número y procedentes de San Juan del Puerto iban á su socorro.

La desgracia de hallarse entonces Copons en Castillejos y la de haberse retardado el pliego que le anunciaba el arribo, impidieron que el enemigo fuese cojido entre dos fuegos. Sabida luego por aquel gefe la llegada de la expedicion, trasladóse sin dilacion á Niebla y se puso en comunicacion con Lacy. La llegada de este causó en los pueblos el mayor júbilo, creyendo equivocadamente, como en Ronda, que iban á tener en sus fuerzas apoyo duradero y constante. El general Lacy se dirigió sobre Moguer, y arrollando á los franceses que quisieron disputarle la entrada, penetró en la poblacion el 24. Aremberg, reuniendo cuanta tropa pudo, atacó varias veces á los españoles, mas fué siempre rechazado por estos, teniendo al fin que retirarse con pérdida de 300 hombres, siendo la de los españoles de solo 36. Sabiendo Lacy en esto que los franceses mandaban contra él desde Sevilla fuerzas considerables, y creyendo cumplido el objeto de su comision, reducido á distraer al enemigo de la expedicion de Portugal, despues de haberle destruido todos sus almacenes y baterias, y clavándole los cañones, se reembarcó con sus tropas el 26, y regresó felizmente á Cádiz. Estas expediciones no correspondian en verdad á los gastos que ocasionaban, y la pequeña ventaja de distraer por algunas horas al enemigo,



EMBARQUE DE LACY.

era ciertamente inferior á los daños que al fin originaban á los infelices pueblos, pues engañados estos con su auxilio, se comprometian en términos de hacérselo despues pagar caro el encono del enemigo. Asi sucedió en Moguer, que habiéndose declarado

mas abiertamente en apoyo de las tropas espedicionarias, sufrió luego todos los efectos de la venganza francesa.

Unas cañoneras inglesas destruyeron por aquel tiempo algunas baterías y reductos enemigos del puerto de Santa María y de otros varios puntos de la bahía de Cádiz.

En la noche del 28 al 29 de setiembre verificó el precitado Lacy una salida por el puente de Suazo, atacando con 4,000 hombres la línea enemiga, causándole gran pérdida, y destruyendo varias de sus obras, replegándose despues ordenadamente á la isla.

Conociendo el mariscal Soult la imposibilidad de hacer nada contra Cádiz y la Isla sin el auxilio de algunas fuerzas sutiles, puso todo su empeño en proporcionárselas. Para llevar á cabo su pensamiento pidió á Francia carpinteros, calafates y marinos, y ordenó una tala en los montes inmediatos, y con los buques asi contruidos y varios barcos costaneros, consiguió reunir una flotilla en Sanlucar. A fines de octubre trasladóse á este punto el mismo Soult para disponer y presenciar desde la costa la dificultosa travesía que tenian que emprender sus buques desde la boca del Guadalquivir hasta lo interior de la bahía de Cádiz. Empezóse á ejecutar el atrevido proyecto en la noche del 31, pasando la flotilla por entre los bajos de punta Candor, y atracando siempre á la costa. El todo de la flotilla se componía de unos 26 cañoneros, de los cuales bararon dos, nueve lograron entrar aquella misma noche en el puerto de Santa María, y los otros fondearon en Rota, de donde, aprovechando vientos frescos y favorables, partieron á reunirse con los que habian ya entrado, sin que les fuese dable impedirlo á las fuerzas marítimas anglo-españolas. Pero ningun fruto reportó á los franceses un suceso de que tanto se prometian y que celebraron con alborozo. Trasladaron despues su flotilla por tierra á Puerto Real, siguiendo estacionada alli todo el tiempo del sitio, sin que las superiores y mejores fuerzas de los aliados le permitieran prestar el menor servicio á su causa.

No queremos separarnos de Cádiz sin hablar de un asunto que tuvo origen en aquella poblacion, y que atrajo sobre la España la mas amarga censura de parte de la gente estrangera. Nos referimos al trato de los prisioneros. Hemos dicho antes que á resultas del temporal acaecido en Cádiz en los primeros dias de marzo habia dispuesto el gobierno la traslacion de aquellos á las islas de Canarias y Baleares; pero obstáculos propios de aquellas azaras circunstancias retardaron la ejecucion de tan oportuna medida, en términos que en el mes de mayo permanecian todavia aquellos infelices en los pontones establecidos en la bahía de Cádiz. Un furioso huracan que sopló en aquel puerto en la noche del 15 al 16 dió ocasion á los que estaban en el nombrado Castilla, en número de unos 700, los mas oficiales, para cortar las amarras y dejarse llevar del viento á la costa ocupada por sus compatriotas; ejemplo que imitaron el 26 los del Argonauta en número de 600. Unos y otros consiguieron desembarcar entre los suyos, sin que fuese bastante á impedirlo el fuego de nuestras baterías y cañoneras. Esta doble fuga activó la ejecucion de la orden dada para la traslacion de los prisioneros á las islas referidas. Los que fueron á las Canarias no tuvieron que sufrir el menor disgusto: el carácter filantrópico de aquellos isleños y la distancia que los separaba del teatro de las atrocidades francesas, sin dejarles sentir sus efectos, contribuyeron á dulcificar á los prisioneros las amarguras de su desgraciada situacion. No fueron tan felices los á quienes cupo la suerte de ir á las Baleares, donde la irritacion que causaban en los ánimos las crueldades francesas en la vecina Cataluña, llevó á los habitantes al extremo de querer saciar su ira en los indefensos prisioneros; atentado que se evitó conduciéndolos á la isla de Cabrera, no pudiendo sin embargo impedirse que al embarco fuesen maltratados muchos y algunos muertos. Aquella isla, al sur de Mallorca, aunque de sano temple y provista de manantiales, estaba poblada solamente de árboles bravíos, y los prisioneros padecieron en ella lo que no es decible, ya por la falta de albergue (pues aunque se les suministraron tiendas, no eran estas bastantes para los 7,000 hombres que en ellas se juntaban), ya por falta de sustento tambien, falta que en ocasiones experimenta-

ron, unas veces por los temporales que impedían el tráfico, y otras por flojedad y descuido de las autoridades. «Feo borron, dice el conde de Toreno, que no se limpia con haber en ello puesto al fin las córtés conveniente remedio, ni menos con «el bárbaro é inhumano trato que al mismo tiempo daba el gobierno frances á muchos gefes é ilustres españoles sumidos en duras prisiones y castillos, pues nunca «la crueldad agena disculpó la propia.» Hasta aquí nos hallamos en un todo conformes con el ilustre historiador; pero no podemos estarlo con las ágrías inculpaciones que con este motivo hacen á España los de las otras naciones, con especialidad los ingleses, que son precisamente los que mas silencio debían guardar en la materia, cuando saben que el gobierno de su país, estando muy lejos de encontrarse en las apuradas circunstancias en que se hallaba el nuestro, hizo tambien gemir en pontones largos años á sus innumerables prisioneros. Los escritores de aquella nacion debían ante todo reflexionar sobre el estado de la Península en aquella triste época, y nos harían mas justicia; y si para otorgárnosla necesitasen mas estímulos que los de nuestra escitacion, bastaría recordar lo que hace su gobierno en la India, ó si no quieren alejarse tanto, lo que hace en su vecina la Irlanda. No se crea, empero, cuando nos espresamos así, que desertores de nuestras banderas, militemos ahora bajo las de los enemigos de la humanidad: la defensa de esta será siempre el fin principal á que tiendan nuestros esfuerzos. Nosotros aquí no hacemos sino que devolver como es justo los dardos que se nos arrojan, combatiendo á los que con mentida filantropía exageran hasta el extremo los escesos de nuestro país, al paso que disimulan ó niegan los muy mayores que comete el suyo.

La insurreccion de la sierra, que se iba estendiendo ya por la provincia de Granada, decidió á los ingleses á atacar á Málaga, guarida entonces de corsarios, y en cuyo puerto fondeaba igualmente una flotilla enemiga de lanchas cañoneras. Al efecto preparóse en Gibraltar una expedicion á las órdenes del teniente coronel ingles lord Blayney, la cual se hizo á la vela el 11 de octubre, en cuyo día llegó á Ceuta, y recibió á bordo al regimiento de infantería española Imperial de Toledo, que con un cuerpo de extranjeros formado en Gibraltar y el regimiento ingles número 89, se dirigió á la costa de Málaga con objeto de apoderarse del castillo de la Fongirola, para que acudiendo los franceses á aquel punto disminuyeran la guarnicion de Málaga, procurando en el interin reembarcarse él, sorprender aquella ciudad, destruir las obras que los enemigos habian hecho en ella, y apresar ó incendiar los muchos corsarios refugiados en su puerto.

El 12 á las cuatro de la tarde se hizo á la vela la expedicion con direccion al Mediterráneo, y el 14 á las doce del día fondeó en la cala de la Torre del Moro, y al momento desembarcaron las tropas. El cuerpo de extranjeros formó la vanguardia, y seguido de los españoles tomó la altura del Perdigon, donde unos y otros desplegaron en batalla. Los ingleses atacaron inmediatamente el castillo, el cual rompió un fuego muy sostenido con una pieza de 24 y otras de menor calibre. Lord Blayney, que no esperando esta resistencia, no llevaba ni escalas ni pertrechos ningunos de sitio, dispuso sin embargo, y á pesar de la lluvia que duró toda la noche del 14, construir dos baterías provisionales con dos cañones de á 6 y un obus de á 4 que se desembarcaron de los buques, y rompieron el fuego al amanecer del 15, fuego que se suspendió á las diez de la mañana, visto el poco efecto que causaba en la muralla del castillo, sin embargo de que las cañoneras se aproximaron tambien hasta medio tiro é hicieron un fuego vivísimo. En la noche del 14 una compañía de españoles y dos del cuerpo extranjero marcharon al pueblo de Mijas con el fin de apoderarse de 60 franceses que habia en el mismo; pero al amanecer, y cuando ya iban á entrar en la poblacion, llegó un batallon enemigo con 60 caballos, los cuales envolvieron á los españoles en las calles que habian tomado, y cerrándoles la retirada, obligáronlos á huir precipitadamente, logrando estos, aunque con infinitos trabajos y socorridos por el patriotismo de los habitantes, llegar á Marbella sumamente estropeados y con la pérdida de 14 ó 15 muertos.

Estos mismos franceses de Mijas se dirigieron inmediatamente hácia el castillo

de la Fongirola. Lord Blayney mandó entonces á los españoles marchar hácia la playa hasta donde encontrasen una bandera, señal de la posicion que debian tomar. La guarnicion del castillo hizo una vigorosa salida, y arrollando á las tropas inglesas, se posesionó de las baterías que estas defendian; pero Blayney se puso con arrojó al frente de los dispersos y consiguió reconquistarlas. En seguida continuó el fuego hasta que una columna francesa con 1,200 hombres, que venia de Málaga, se apoderó nuevamente de las baterías. Huyendo entonces los ingleses abandonaron á su general, digno seguramente por su intrepidez de mejor suerte que la que le tocó; pues, gravemente herido fué hecho prisionero, sin haber conseguido su libertad hasta despues de la paz. El regimiento español que con un corto número de dispersos del 89 ingles venia desde la playa á sostener las tropas inglesas de las baterías, advirtiendo que estas huian hácia la misma playa para ganar los buques, desplegó en batalla para contener á los franceses que en seguimiento de los fugitivos se aproximaban con la mayor osadía, y hubiéranse posesionado de toda la espedicion sin la serenidad de los españoles, que á pesar del vivo fuego de los enemigos formaron tres veces columna cerrada, y consiguieron al fin tomar la altura de la torre yigía, inmediata al castillo por la parte de Marbella, dando asi lugar á los ingleses para reembarcarse sin desgracia. Los franceses intentaron varias veces desalojar de su posicion á los españoles por el frente y costados; pero contúvolos de tal modo la bizarría de estos, que batidos sin interrupcion se alejaron á bastante distancia, y entonces fué cuando su valiente comandante D. Pedro Dávalos, viendo ya embarcados á los ingleses, ordenó que su gente lo verificase por compañías, como asi lo hizo con la mayor calma y serenidad, llegando á Gibraltar la espedicion el 19.

Tal fué el éxito desgraciado de esta, no habiéndole cabido á toda ella la misma suerte que á Blayney, gracias al valor é intrepidez de los españoles.

El general Blake, que desde la retirada de Murcia habia empleado sus talentos en disciplinar su ejército, viendo ya logrado el fin de sus desvelos, trató de tomar la ofensiva para proteger con sus movimientos la insurreccion de la provincia de Granada, que iba tomando consistencia. Entre los que la empeizaron, aprovechando la ausencia de Sebastiani, se distinguió el alcalde de Otivar llamado Fernandez, quien entró en Almuñecar y Motril, y aun se apoderó de sus castillos. Estas y otras empresas que propagaron la llama de la insurreccion por las sierras y por varios puntos de la costa, estimularon al general Blake á avanzar á la frontera de Granada. Antes habia tratado de fomentar las guerrillas en todas partes, tomando aquellas mas incremento por el lado de Jaen, en donde D. Antonio Calvache sucedió á Bielsa en el mando de ellas. Mas los enemigos, persiguiendo sin descanso al nuevo gefe, despues de haber quemado la villa de Segura, le mataron el 24 de octubre en Villacarrillo.

D. Joaquin Blake, reuniendo sus tropas acantonadas en Murcia, Caravaca y Lorca, marchó el 2 de noviembre sobre Cullar, sin que los franceses tuvieran conocimiento de este movimiento. Dejó 2,000 hombres en dicho Cullar, y á las doce de la mañana del 3 se colocó con 7,000, entre ellos 4,000 de caballería, en las lomas que dominan la hoya de Baza, y que lame el rio Guadalquivir.

Los enemigos tenian en el llano una division de caballería mandada por el general Milaud, asistida de artillería volante: ademas habian situado de 2 á 3,000 infantes en las inmediaciones de la ciudad, regidos por el general Rey. Sebastiani no llegó hasta despues de concluida la accion.

Las guerrillas españolas se encontraron con las francesas media legua antes del rio de Baza, y los enemigos se replegaron inmediatamente á los desfiladeros que hay sobre el mismo rio, de los que fueron desalojados por los nuestros. Toda la mañana de aquel dia se sostuvo el fuego entre las avanzadas, y como á las tres de la tarde dispuso el general Blake que una division de sus tropas bajase al llano para apoderarse de una altura que ocupaba el enemigo, avanzando al mismo tiempo otra division de la misma arma, la artillería

y la caballería. Esta se adelantó hasta la misma ciudad de Baza, haciendo replegar antes al enemigo. El fuego de la artillería era muy vivo, y la caballería francesa, muy superior en número á la nuestra, maniobraba con empeño para envolver á esta, cuya retirada dispuso muy oportunamente el general Freire, y se seguía en el mejor orden, hasta que al querer efectuar un movimiento se embarazaron algunos caballos, lo que observado por el enemigo cargó con impetuosidad sobre ella, y consiguió desordenarla, viniendo tras su ruina la de la infantería que habia avanzado. La tercera division, á las órdenes del brigadier D. José Antonio Sanz, fué acuchillada, y habria sido mayor su descalabro, si la primera division, mandada por el general Elío, no hubiera contenido el ímpetu de los franceses. Nuestra pérdida en esta desgraciada accion fué de 4,000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, cinco piezas de artillería, cuatro cajas de guerra y dos banderas.

El general Blake mandó seguir su retirada á Cullar, dirigiéndose sobre Lorca para trasladarse á Murcia. En esta marcha recibió la noticia de su nombramiento para individuo de la regencia de España; pero decidió pundonorosamente no ir á desempeñar tan honorífico encargo, interin se hallase su ejército en tan crítica situacion. La ciudad de Murcia se preparó otra vez á la defensa, con las mismas disposiciones que se habian tomado en el mes de agosto, inundando la huerta y empuñando las armas todo el paisanage. Los franceses continuaron persiguiendo á los españoles hasta Lorca, donde entraron en la tarde del 8 sin encontrar en ella mas que unos 30 vecinos, pues los demas la habian abandonado. Sebastiani exigió en Lorca una fuerte contribucion, y retrocedió luego, no queriendo esponerse á que las tapias de Murcia humilláran otra vez su soberbia.

La desgraciada accion de Baza desmayó y paralizó mucho la insurreccion de aquellas comarcas, y la mala suerte del general Blake, que tan desventurado era en todas sus acciones campales, hizo llorar á muchos pueblos de los que se habian pronunciado al tránsito de sus tropas.

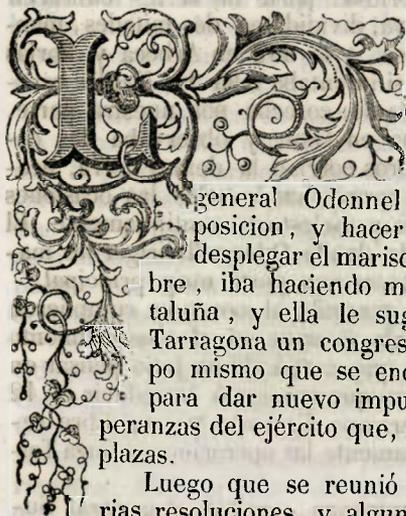
El general Sebastiani marchó el 3 de diciembre con 2,000 hombres y cinco piezas de artillería hácia Marbella para apoderarse de su castillo. Inmediatamente trató de formar baterías, pero impidiéndoselo durante el día el fuego del castillo, esperó la noche del 3 al 4, durante la cual estableció dos, con las cuales empezó á batir las murallas hasta lograr desmontar su artillería, continuando despues hostilizándolas hasta el 8, en cuya noche el gobernador español, conociendo que era imposible sotenerse mas, abandonó el fuerte embarcándose con toda su guarnicion y con el mejor orden en los buques ingleses.

No habiendo ocurrido en Andalucía y Murcia mas acontecimientos militares en el curso de este año, nos trasladaremos á Cataluña, único distrito que nos queda por examinar para completar el cuadro militar de España durante el año 1810.



CAPITULO VIII.

Cataluña.—General Odonnell.—Congreso Catalan: medidas que adopta.—Accion de Granollers.—Plan de Odonnell.—Posiciones del ejército español de Cataluña.—Sitio de Tortosa: la embiste el general Laval.—Valencia.—Conducta de D. José Caro.—Ataques dados por D. Juan Odonojú.—El general Caro abandona el campo: su fuga á Mallorca.—D. Luis Bassecourt toma el mando de Valencia.—Cataluña.—Ataque de Tivisa.—Ataca Odonnell la linea enemiga de Tortosa.—Sorpresa de Flix.—El brigadier Georget rechaza á los franceses.—Las tropas del Llobregat hostilizan á los enemigos de Barcelona.—Recibe aquella plaza un convoy de viveres.—Macdonald marcha hácia Tarragona: ocupa á Reus.—Hacen los franceses un reconocimiento sobre Tarragona: quedan circunvalados los enemigos en su campo.—Macdonald deja á Reus.—Ataques en el estrecho de la Riva.—Ventajas de los españoles en Falset.—Entrevista de Macdonald y Suchet.—Ataque junto á Cervera: ocupan los franceses esta ciudad.—Gloriosa sorpresa de La Bisbal.—Toman los españoles á Gujols, Palamós y otros puntos.—El general Camperverde entra en Francia y exige contribuciones.—Diversos encuentros entre españoles y franceses.—Accion de Lladó.



As innumerables desgracias agolpadas sobre la belicosa Cataluña en los cinco primeros meses de este año no abatieron el brio de sus habitantes, ni amenguaron el valor de su ejército. De ambos elementos necesitaba el

general Odonnell para salir con lucimiento de su comprometida posicion, y hacer frente á la temible actitud que empezaba á desplegar el mariscal Macdonald. La esperiencia, maestra del hombre, iba haciendo mas cauto y previsor al caudillo español de Cataluña, y ella le sugirió la oportuna idea de volver á reunir en Tarragona un congreso de naturales del principado, para que al tiempo mismo que se encargase de buscar recursos, sirviera tambien para dar nuevo impulso al espíritu popular y para alentar las esperanzas del ejército que, á pesar de sus pérdidas, contaba todavia 21,798 plazas.

Luego que se reunió el congreso catalan el 17 de julio, tomó varias resoluciones, y algunas muy acertadas. Para reforzar el ejército, decretó un alistamiento con la obligacion de servir solamente dos años, y con la facultad de gozar cada seis meses quince dias de licencia. Aunque esta medida era tan adecuada á la índole del país, no llenó sin embargo los deseos de sus habitantes; los que tan dispuestos á pelear como somatenes, cuanto opuestos al servicio de tropa reglada, rehusaban sujetarse á ella, en términos que tuvo el congreso que establecer comisiones militares para castigar á los desertores, y aun á los distritos que no aprontasen sus contingentes. Con mayor regularidad se recaudaron los impuestos y se realizó un empréstito de medio millon

de duros, lo que debe verdaderamente sorprender si se atiende á lo exhausto que ya estaba el pais, á los sacrificios que diariamente hacia para mantener el ejército, y á la clase de guerra que sufría. Se aplicaron tambien á los hospitales los productos que antes percibia la curia romana, y ahora tomaban los obispos por dispensas y otras gracias ó exenciones. El general Odonnell, á mas de activar con su energía todas estas providencias, trabajaba tambien sin descanso en disciplinar sus tropas, en inculcar en ellas emulacion y buen ánimo, y en mejorar igualmente la instruccion de los oficiales.

El mariscal Macdonald por su parte apenas podia ocuparse en otras operaciones que en avituallar á Barcelona, y en ver como burlaba la vigilancia de Odonnell, siempre en observacion para impedir aquel fin. Ya digimos que apenas tomó Macdonald el mando fué él mismo á conducir un convoy á Barcelona. El 18 de julio intentó repetir la misma operacion, la que dió lugar á una muy reñida accion en las inmediaciones de Granollers, mandada por el baron de Eroles, y en la que perdieron las tropas imperiales mas de 1.500 hombres entre muertos y heridos, quedando la victoria por los españoles; mas durante la accion continuó el convoy desfilando por la espalda y consiguió entrar en Barcelona. Macdonald dejó en esta plaza unos 6.000 hombres de guarnicion, y con el resto de sus tropas volvió á ocupar su antigua posicion entre Hostalrich y Gerona. A pesar de las ventajas que obtuvieron nuestras fuerzas en Granollers, le disgustó mucho al general en gefe que no impidieran la entrada del convoy en Barcelona.

El plan que Odonnell habia resuelto seguir en Cataluña pareció el mas prudente y acertado. Evitando batallas generales, queria por medio de columnas volantes sorprender los destacamentos enemigos, interceptar ó molestar sus convoyes y aniquilar asi sucesivamente las fuerzas de aquellos. Para llenar su objeto colocó su ejército, al principiar agosto, del modo siguiente: la 1.^a division ocupaba las orillas del Llobregat y observaba á Barcelona, teniendo tambien fortificada la montaña de Monserrat; la 2.^a acampaba en Falset y observaba á Suchet que, como luego diremos, intentaba sitiar á Tortosa: parte de la 3.^a cubria en Esterri las avenidas del valle de Aran: la reserva, dividida en dos mitades, mantenía la una en el Coll de Alba, próximo á Tortosa, y la otra en Arbeca y Borjas Blancas para enfrenar la guarnicion de Lérida si intentaba talar los fértiles campos de Urgel y proteger tambien la recoleccion de la cosecha por nuestra parte. Un cuerpo de húsares y tropas ligeras estaba en Olot, y observaba las comarcas de Bersalú y Bañolas; y varios guerrilleros corrian la demas tierra, acechando siempre los movimientos del enemigo, y aprovechando todas las ocasiones que se presentaban para desvanecer sus planes y molestarle continuamente. El cuartel general permanecia en Tarragona, desde donde Odonnell dirigia las maniobras mas notables, en las cuales tomaba á veces una parte muy principal.

Si en todo no se llenaron los deseos de este general, al menos se cumplieron en mucha parte. El mariscal Macdonald, ocupado siempre en el abastecimiento de Barcelona, no pudo desde el segundo convoy que metió allí en julio pensar en nada importante, sino es en preparar otro tercero que consiguió introducir el 12 de agosto, aunque con las pérdidas que luego veremos. Entonces ya mas libre resolvió, aunque todavia en valde, favorecer directamente las operaciones contra Tortosa, de cuyo sitio vamos á tratar.

Despues de la rendicion de la plaza de Mequinenza, recibió el general Suchet orden de Napoleon para marchar á poner sitio á la de Tortosa, situada cerca del camino real, cabeza de la embocadura del Ebro, punto sumamente importante por servir de apoyo á las comunicaciones de los ejércitos españoles de Valencia y Cataluña. El enemigo dispuso desde luego un gran parque de sitio, y estableció su principal depósito en Mequinenza; pero para transportar lo necesario á Tortosa se tropezaba con grandes dificultades. El Ebro ofrecia comunicacion por agua, pero interrumpida á cada paso con cejas ó bajos, que solo se podian salvar en las crecidas y rara vez en las sequedades del estío. Por tierra era aun mas trabajo-

so y aun impracticable el tránsito, por lo montañoso del país, cuyas desigualdades se aumentan á medida que se adelanta de Caspe ó Mequinenza hácia Favara, Batea, Gandesa y Mora, y desde allí á Pinell, las Armas, Gerta y Tortosa.

Estas dificultades obligaron á los franceses á dejar los fusiles para tomar los picos y azadones, á fin de abrir un camino sobre los vestigios que aun se conservaban del que habilitó el duque de Orleans durante la guerra de sucesion. El general Suchet estableció, además de los de Mequinenza, depósitos considerables en Alcañiz y Caspe, y confiando el mando del reino de Aragon al general Musnier, dispuso que no obstante las guarniciones de Lérida, Mequinenza, Jaca y Monzon, se situase á mas una línea de puestos fortificados sobre los caminos, para proteger los correos, convoyes y toda clase de comunicaciones. Dicha línea abrazaba á estas en todas direcciones desde el centro á la circunferencia, y sobre la derecha del Ebro comprendia los pueblos de Alagon, Mallen, Tudela, Borja, Tarazona, Epila, Almunia, María, Villa de Muel, Cariñena, Fuentes, Ceila, Samper, Alcañiz; y sobre la izquierda Pina, Bujaraloz, Candanos, Fraga, Zuera, Ayerve, Anzánigo, Campranc, y algunos pueblos del partido de las Cinco Villas.

Tomadas estas disposiciones, emprendió Suchet la marcha con su ejército, y se dirigió sobre Tortosa en los primeros dias de julio, en dos divisiones por ambas orillas del Ebro. La de la derecha, compuesta de 8,000 infantes y 1,000 caballos se estendió hasta Uldecona y Vinaroz, para proporcionarse víveres con mas facilidad. La de la izquierda, que se componia de 3,500 infantes y 500 caballos, tomó posicion en los Mases de Mora, Rasquera, Tivenys y Tivisa, no teniendo mas comunicacion con la derecha que la de la barca de Mora.

El general Laval, que estaba encargado de la direccion del sitio, avanzó con su caballería por las orillas del Ebro hasta tan cerca de Tortosa, que hizo algunos prisioneros de los españoles apostados en sus inmediaciones, obligando al resto á encerrarse en la plaza por la cabeza del puente, de que se apoderó. El 3 de julio completó la embestidura de la misma por la ribera derecha del Ebro, y el 4 prolongó esta línea hasta Amposta, y se apoderó del camino real de Barcelona á Valencia; y situando en Gerta su izquierda, colocó avanzados varios destacamentos para precaver cualquier golpe de mano que pudiesen intentar las tropas del ejército español de Valencia.

Suchet estableció su cuartel general en Mora, y Laval, aunque no tenia todavía todos los útiles necesarios para el sitio de la plaza, empezó desde luego á formar la primera paralela. Los sitiados paralizaron por entonces sus trabajos con varias salidas, cuyo principal objeto era llamar la atencion del enemigo, mientras las tropas de Tarragona y Valencia hacian demostraciones y maniobraban para inquietarle en direcciones opuestas. Suchet mandó ensanchar la cabeza del puente que comunicaba con la orilla derecha del Ebro, hasta ponerla en estado de poder contener muchos batallones.

Si en Valencia hubiera mandado un general tan emprendedor y valiente como Odonnell, pudiera haber cooperado con fruto al buen éxito de nuestras armas en Cataluña; pero los valencianos tenian la desgracia de estar regidos por D. José Caro, hombre que, como antes indicamos, mas que en la guerra se ocupaba en satisfacer sus resentimientos personales á costa de las mas escandalosas arbitrariedades. Asi, no solo vió pasivo la pérdida de Lérida y Mequinenza, sino que dejó al enemigo ocupar á Morella sin verificar por su parte el menor movimiento. La opinion pública, cada vez mas irritada con tan apática y aun criminal conducta, forzó al fin al indolente general á tomar algunas medidas que indicasen siquiera que prestaba alguna atencion á la causa nacional; y asi, sabiendo que se aproximaban los franceses, mandó Caro á D. Juan Odonojú (que aunque hecho prisionero en la batalla de María ya estaba libre), que se adelantase al encuentro de aquellos con 4,000 hombres. Estos arrojaron de Villabona, el dia 24 de junio, á los enemigos, los cuales se replegaron á Morella, delante de cuyo pueblo se trabó el 25 un combate muy vivo, hasta que habiendo recibido el enemigo un considera-

ble refuerzo, se retiraron los nuestros en marcha tan ordenada, que no se determinó aquel á seguirlos. En el mes de julio avanzó otra vez Odonojú hácia el mismo punto, y aun intimó la rendicion á Morella el 16; pero atacado repentinamente y con fuerzas muy superiores por el general Mont-Marie, tuvo que retirarse con alguna pérdida.

El general D. José Caro permanecía estacionado en Valencia sin determinarse á salir de su recinto, hasta que escitado con instancia por el general de Cataluña á que cooperase en beneficio de Tortosa, se decidió por fin á salir en el mes de agosto con 10,000 hombres de línea y otros tantos paisanos. Su movimiento no dió mas resultado que poner en evidencia su ineptitud y cobardía y librar á Valencia de su funesto dominio; pues apenas supo que Suchet venia á su encuentro se replegó á Alcalá de Gisbert sin aguardarle, y de allí el 16 de agosto á Castellon de la Plana y Murviedro; y aunque el ejército valenciano se retiró con orden, su gefe le ofreció el triste ejemplo de ser, no solo uno de los pocos, sino tambien uno de los primeros que abandonaron el campo. Esta conducta, censurada agriamente por su hermano D. Juan, que peleaba con valor en el ejército de Cataluña, acabó de desacreditarle en Valencia, lo que junto á las noticias que corrian de las nuevas proscripciones que meditaba, alarmó al pueblo en términos tan marcados, que receloso el tímido general de llegar á ser victima de su enojo, se escapó de la ciudad disfrazado de fraile, acreditando hasta en su fuga que era hombre mas propio para la capucha que para la espada.



FUGA DEL GENERAL D. JOSE CARO.

D. José Caro fué á ocultar su vergüenza á Mallorca, sucediéndole en el mando de Valencia D. Luis de Bassecourt, persona que, aunque como hombre no estaba libre de defectos, aventajaba á su antecesor en muchas prendas, especialmente en el valor y en la buena armonía que desde el principio procuró entablar con los generales de los demas distritos, particularmente con los de Cataluña y Aragon.

Una parte de la division española acantonada en Falset atacó vigorosamente los puestos enemigos de Tivisa, y el 15 toda ella, á las órdenes del marques de Campoverde, rechazó una embestida de los enemigos y aun le siguió el alcance.

El general Odonnell se puso el 29 á la cabeza de la misma division, y con ella acometi6 al general Habert situado en Tivisa, y arroll6 sus tropas, persiguiéndolas hasta las orillas del Ebro; pero habiendo llegado Suchet con 2,000 hombres, tuvieron los nuestros que replegarse, despues de haber hecho sufrir al enemigo la pérdida de dos gefes y mas de 200 soldados. Esta tentativa manifest6 al enemigo lo importante que le era la conservacion del punto de Mora y de los Mases, y le hizo reforzarlos con mas tropas y con tres piezas de artillería.

El infatigable Odonnell concibi6 y ejecut6 otra atrevida empresa. El 1.º de agosto entr6 en Tortosa para disponer una salida contra Laval. El dia 3 form6 una columna de tropas escogidas, y despues de arengarla en presencia de la poblacion, para exaltar el entusiasmo de todos, se puso á su frente, sali6 de la cabeza del puente á las tres de la tarde, y avanz6 á la bayoneta, sin disparar un tiro al campamento frances; arroll6 su línea, destruy6 los espaldones que el enemigo habia construido, y con solo 800 hombres caus6 á este un daño considerable. La poblacion sirvi6 de mucho en aquella tarde, pues llena de entusiasmo, y sin reparar en peligros auxili6 á los combatientes con abundantes refrescos y condujo los heridos á la plaza. Reforzados al cabo los franceses, tuvieron los españoles que retirarse á ella, dejando algunos prisioneros, entre ellos el intrépido y arrojado coronel D. José María Torrijos, ese hombre célebre que despues, víctima de la mas negra perfidia, ha dejado tan tiernos recuerdos en el corazon de todos los amantes de la libertad! Los continuos esfuerzos de Odonnell habrian tenido un éxito mas cumplido, si D. José Caro, con cuya cooperacion contaba aquel, no hubiera seguido la fea conducta que le hemos visto observar.

La division española que entr6 con el general Odonnell en Tortosa, emprendi6 despues, á las órdenes del brigadier García Navarro, dos ataques sobre Tivenys contra la cabeza del puente y atrincheramientos que los enemigos construian enfrente de Gerta, y aunque ambas tentativas no tuvieron un completo éxito, causaron siempre bastante daño al enemigo, y le obligaron á mantenerse sobre aquel punto

El marques de Campoverde logr6 el 40 de agosto sorprender tan completamente un cuerpo de 300 hombres que tenian los franceses en Flix para proteger la navegacion del Ebro, que solo escaparon treinta, cogiendo ademas el vencedor un considerable botin, y echando á pique todas las barcas reunidas en aquel parage para el servicio frances.

El brigadier español Georget protegia entretanto el llano de Urgel, é impedia á la guarnicion de Lérida, con continuas escaramuzas, el acopio de viveres; y aunque el 3 de agosto le atac6 aquella decididamente, no solo conserv6 sus posiciones, sino que escarment6 valerosamente al enemigo.

Nadie vagaba en aquella tremenda época en el antiguo principado, convertido todo él en un verdadero campo de agramante. Los españoles de la línea del Llobregat sostenian diariamente crudos encuentros con la guarnicion de Barcelona; y mientras por todas partes era diezmado el ejército frances con esta activa guerra de partidas, fué cuando el mariscal Macdonald se dispuso á introducir su tercer convoy en la capital de Cataluña. Para esto reuni6 su ejército, compuesto de 44,000 infantes, 4,200 caballos y 44 piezas de artillería, y saliendo de sus constantes posiciones, entre Hostalrich y Gerona, march6 hácia Barcelona. Las tropas españolas, situadas en la línea del Llobregat, cuyas fuerzas no llegaban á la mitad de las del enemigo, mantuvieron sus posiciones hasta que conocieron que las intenciones de aquel eran pasar adelante. Entonces se replegaron á Villafranca, dejando guarnecidas las gargantas de Vallirana y Ordal con tropas ligeras y somatenes, los cuales detuvieron tres dias la marcha de los franceses, causándoles mucho daño, hasta que la inmensa superioridad de las fuerzas enemigas las obligaron á ceder sus posiciones en los dias 41 y 42 de agosto. En este último dia entr6 el convoy frances en Barcelona, hecho lo cual tom6 Macdonald la via de Tarragona, ya con ánimo de sitiarse esta plaza, ya con el de coadyuvar así al asedio de

Tortosa El general Odonnell, cuya actividad le llevaba á todos los puntos cuando menos esperado era en ellos, apenas se percibió de las intenciones del mariscal enemigo, salió de Tortosa, y poniéndose á la cabeza de algunas de las divisiones del Llobregat, tomó posicion en las alturas de San Quintin, guarneciendo la montaña de Monserrat para impedir el paso de una division francesa que se dirigia por Martorell y Esparraguera. Con este movimiento hizo titubear al enemigo, que al fin se determinó á marchar reunido por Arbós y el Coll de Santa Cristina á Valls, no obstante que sabia las muchas cortaduras que tenian este camino casi impracticable, en cuya habilitacion gastó dos dias. No bien la retaguardia enemiga evacuó á Villafranca, fué atacada valerosamente por los nuestros, que hicieron en ella gran mortandad, dejando interceptada su comunicacion con Barcelona. El marques de Campoverde, viéndose comprometido por este movimiento del enemigo en su posicion de Falset, se retiró con el mayor orden á Tarragona, y se acampó en las alturas del Olivo, dejando solo algunas tropas ligeras y somatenes en las montañas de Porrera.

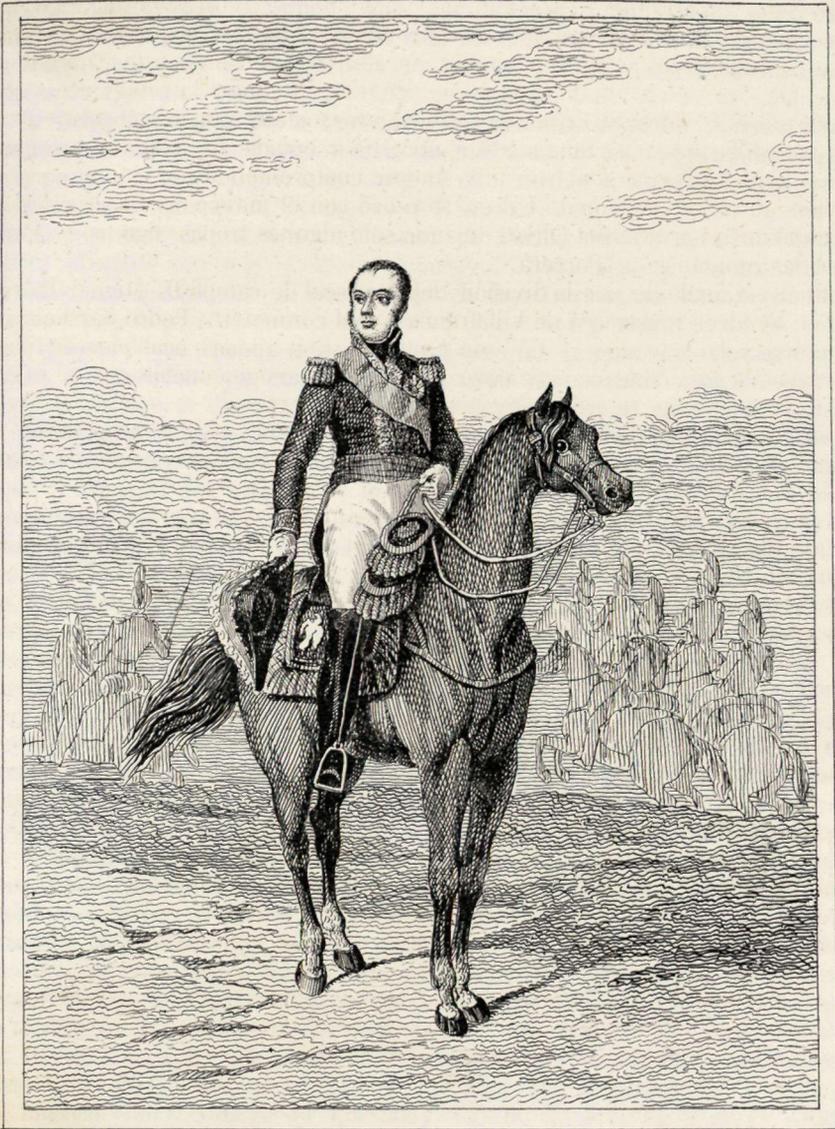
Odonnell se adelantó con la division del mariscal de campo D. Miguel Ibarrola hasta el Vendrell, mas acá de Villafranca, y el coronel D. Pedro Sarsfield con una columna volante ocupó el Coll de Santa Cristina apenas acabados de pasar los enemigos, á los cuales siempre llevó á la vista, persiguiéndolos con el mayor ahinco, causándoles mucho daño y protegiendo su desercion.

El dia 18 ocuparon los franceses á Reus y su campo, y el 21, con ánimo de hacer un reconocimiento sobre Tarragona, atacaron las guerrillas y puestos avanzados de los españoles, los que oportunamente protegidos por la guarnicion de la plaza los rechazaron con bastante pérdida; causándose tambien el fuego de dos fragatas de guerra inglesas, que acoderadas en la costa batieron con acierto el flanco derecho del enemigo.

Persuadido Odonnell de que este repetiría iguales tentativas, y deseando escarmentarle, acampó la division de Ibarrola junto á la venta de la Serafina, sobre el camino real de Tortosa, á media legua de Tarragona, y dispuso que Sarsfield se mantuviese en Valls molestando continuamente al enemigo por su flanco y retaguardia, y que Georget con su columna se colocase en el Coll de Riva. Con esta industriosa combinacion dejó encerrado en el llano de Tarragona al ejército enemigo, teniéndole, por decirlo asi, sitiado por hambre, puesto que no podia recibir víveres sino de la parte del Ebro ó de Aragon, cuyas avenidas recorrían infinitas partidas españolas.

No le era posible al mariscal Macdonald dilatar asi su permanencia en Reus, mayormente siendo su primer objeto avistarse con Suchet para quedar de acuerdo sobre el plan del sitio de Tortosa y sobre el de Tarragona, sitio que queria emprender en cuanto se rindiera la primera, para facilitar asi el de Valencia. Para ejecutar su pensamiento, trató lo primero Macdonald de salir del encierro en que se hallaba y que amenazaba la entera ruina de su ejército; y á este fin hizo en la noche del 24 un falso movimiento hácia el Coll de Balaguer, y contramarchando rápidamente por Villalonga sobre Alcober, abandonó á Reus el 25, dejando en los hospitales 700 entre enfermos y heridos, pidiendo antes la exorbitante contribucion de 136,000 duros, é imponiendo otra tambien muy crecida sobre géneros ingleses y ultramarinos. Asi era como siguiendo Macdonald el funesto ejemplo de sus predecesores, se contradecia consigo mismo, pues al tiempo que en sus alocuciones se proclamaba amigo de los pueblos, los desangraba despues con sus crueles exacciones.

Macdonald, luego que salió de Reus, se dirigió hácia Lérida para encontrarse con Suchet, y por Alcober y Montblanc pasaron sus tropas el estrecho de la Riva. Aqui las detuvo por su frente la division del brigadier Georget, que de antemano habia hecho venir Odonnell desde Urgel, donde se hallaba. D. Pedro Sarsfield las atacó por flanco y retaguardia en las alturas de Picamuxons y Coll de las Molas, manobrando á la izquierda varias partidas. Ataques tan inesperados, unidos á



Perez lit.º

Lit de Perez y Donon..

MACDONALD.



las asperezas de los caminos, pusieron á los enemigos en terribles conflictos; pero la mucha superioridad de su número los pudo sacar de ellos, y forzando al fin el citado paso lograron ganar las cumbres, ayudados por una salida que hizo á espaldas de Georget la guarnicion de Lérida, y habiendo perdido en esas acciones mas de 400 hombres entre muertos y heridos y 450 prisioneros. Conociendo Odonnell que por entonces no podia obrar contra el enemigo, acampado ya desde el 26 bajo las murallas de Lérida, acampó tambien sus tropas, situando su vanguardia en Vinaja, y la division de Georget en Santa Coloma de Queralt, para cubrir el flanco derecho.

El brigadier baron de la Barra marchó con una pequeña division de tropas españolas á arrojar de Falset á otra de 4,000 enemigos que ocupaba este importante punto, y lo consiguió felizmente el 29, merced á su valor é inteligencia.

Mientras el campo de Tarragona y llano de Urgel eran teatro de los hechos que hemos narrado, sostenia el baron de Eroles con su division frecuentes y diarios choques con la guarnicion enemiga de Barcelona, y los somatenes, las partidas corregimentales y los húsares de San Narciso se batian con la mayor constancia é intrepidez en el Ampurdan, llegando á penetrar hasta la misma villa de Figueras, que saquearon en parte: esceso lamentable que alguna vez se permitian las partidas, ya con pretexto de estar los pueblos ocupados por el enemigo, y ya con el de privar á este de los auxilios que en ellos podian encontrar.

Macdonald llegó á Lérida, por los dias en que Suchet habia salido al encuentro del general Caro, cuyo resultado ya hemos referido; mas luego que supo la llegada del duque de Tarento, regresó á Lérida para tener la deseada entrevista. Convinieron ambos en limitar ahora sus operaciones al sitio de Tortosa, sitio que debia activar el general Suchet, mientras Macdonald continuaba ocupando á Lérida y su territorio para asegurar las subsistencias de ambos ejércitos, subsistencias de que siempre estaban escasos. Suchet cedió al mariscal para la manutencion del suyo, que se hallaba enteramente exhausto de víveres, todos los recursos que proporcionase el llano de Urgel, que es considerado como el granero de Cataluña. Conforme con esta combinacion, salió Suchet para Tortosa, y Macdonald envió en los primeros dias de setiembre por su derecha é izquierda fuertes destacamentos con el objeto de cubrir sus flancos. Reforzados despues, penetró el uno por Balaguer hasta Talarn, de donde fué rechazado por los paisanos que habia reunido el partidario D. Francisco Montardir, y el otro fué á ocupar los varios puntos de la orilla izquierda del Ebro, á fin de proteger los transportes y pertrechos que bajasen para el sitio de Tortosa. Macdonald quiso reconcentrar sus fuerzas sobre Cervera, verificando su movimiento el dia 5, y presentando con él una nueva ocasion de distinguirse al pequeño cuerpo que se hallaba de observacion en aquella ciudad á las órdenes del intrépido brigadier Georget. La avanzada enemiga, compuesta de 200 dragones, fué tan totalmente destruida por el regimiento español de caballería de Santiago, que quedaron en poder de este 85 caballos prisioneros, un comandante y dos oficiales, y los restantes heridos y muertos en el campo. Sin embargo de este glorioso éxito, tuvieron los españoles que retirarse cargados por el grueso del ejército enemigo, sobre Santa Coloma de Queralt, adonde llegaron en el mejor orden y sin pérdida de consideracion. El paisanage de Cervera opuso una corta resistencia al enemigo, el que al fin entró en la ciudad, repitiendo sus acostumbrados robos y crueldades. Macdonald estableció su cuartel general en Cervera, acampando las tropas en sus inmediaciones.

Inquietábale al general Odonnell aquella posicion del enemigo, conociendo desde luego que la tomaba para cubrir desde ella las operaciones de Suchet, amenazar por retaguardia la línea del Llobregat y dominar mucha estension de territorio para sacar de él su subsistencia. Esta conviccion lo decidió á suscitar al frances nuevos estorbos, firme siempre en su primer propósito de esquivar batallas campales.

Nada le pareció mas oportuno para conseguir su intento como atacar los puestos que el enemigo tenía á retaguardia, cuyas tropas se consideraban seguras por la distancia del ejército español, y con poder bastante para no temer las partidas. Odonnell, que no dejaba tiempo entre la concepcion de un plan y su ejecucion, persuadido de que la actividad es por lo comun la precursora del buen éxito en las empresas arriesgadas, dispuso embarcar en Tarragona artilleria, pertrechos y algunas tropas, yendo todo convoyado por cuatro saluchos y dos fragatas, una española y otra inglesa. Partió él en persona el 6 de setiembre por tierra, poniéndose en Villafranca al frente de la division de Campoverde, que de intento habia llevado allí. En seguida marchó hácia Esparraguera, colocó fuerzas que observasen al mariscal Macdonald y otras que atendiesen á Barcelona, y uniendo á su tropa la caballeria de la division de Georget, prosiguió su ruta por san Cugat, Mataró y Pineda. Marchó Fleyres contra Palamós y san Feliú de Guijols, y Odonnell, despues de enviar exploradores hácia Hostalrich y Gerona, avanzó á Vidreras. Para obrar con la rapidez que apetecia, tomó el último consigo, al amanecer del 14, el regimiento de caballeria de Numancia, 60 húsares y 400 infantes que hicieron una marcha tan veloz, que las ocho horas de camino que median entre Vidreras á La Bisbal, las anduvieron en poco mas de cuatro. Siguió detrás y mas despacio el regimiento de infanteria de Iberia, situándose Campoverde con lo restante de la division en el valle de Aro, como cuerpo de reserva.

Luego que Odonnell llegó enfrente de La Bisbal, ocupó todas las avenidas, y dióse tal maña, que no solo cogió piquetes de coraceros que patrullaban y un cuerpo de 130 hombres que venia en su socorro, sino que sorprendiendo al general enemigo Schwartz que se hallaba en La Bisbal con 700 hombres, no tuvo este mas medio que encerrarse en una casa fuerte ó castillo arruinado, donde se defendió hasta



ACCION DE LA BISBAL.

que llegaron las demas tropas españolas en aquella misma noche y capituló. Desgraciadamente el general Odonnell, que se habia batido como un simple granadero, al querer reconocer el fuerte, con objeto de quemar sus puertas, recibió una herida en la pierna derecha que le puso á las puertas de la muerte.

Fleyres se apoderó de San Feliú de Guijols, y el teniente coronel Don Tadeo Aldea, de Palamós, teniendo este arrojado militar la gloria de subir el primero al asalto. El resultado de esta gloriosa jornada fué quedar prisioneros de guerra el general Schwartz, su estado mayor, 64 oficiales, 4,400 soldados, 48 cañones, carros, caballos, equipages y muchos efectos y víveres. Mas adelante recibió D. Enriqué Odonnell el justo premio que merecia una accion tan arrojada, como bien dirigida y ejecutada, concediéndole el gobierno el título de conde de La Bisbal.

La herida del general afligió mucho al ejército, que cifraba en él toda su confianza. Aquel digno caudillo procuró reanimar el espíritu de sus tropas, y lleno de valor y entusiasmo, aun cuando no podia mandarlas personalmente, se reservó su direccion, retirándose á Tarragona, á cuya ciudad le envió Suchet un parlamento ofreciéndole su cirujano; obsequio que Odonnell no aceptó, pero le manifestó finamente su reconocimiento por tan urbana atencion. ¡Tan cierto es que las acciones heroicas son admiradas y apreciadas hasta de los enemigos, cuando estos son verdaderamente bravos!

La herida de Odonnell cortó el vuelo á sus gigantes proyectos, los cuales se estendian nada menos que á dejar limpia de enemigos á Cataluña por aquella parte hasta Figueras, inclusa Girona. Sin embargo, los otros gefes de aquel valiente ejército, entre los cuales los habia dignísimos, procuraron, en cuanto las circunstancias se lo permitieron, secundar las miras de aquel célebre caudillo.

La division victoriosa de La Bisbal, que á las órdenes del marques de Campoverde, encargado de su mando, regresaba por San Hilario, Vich y Manresa, á la línea del Llobregat, tuvo una ocasion mas de adornarse con nuevos laureles. Informados los franceses de que la villa de Puigcerdá era el punto por donde se verificaba la introduccion en su país de nuestros géneros coloniales, proyectaron una sorpresa para apoderarse de un gran depósito de ellos que creian existir allí. Al efecto hicieron venir del interior tres batallones de á 600 hombres cada uno, y acompañados de 20 guardas, al mando del general de brigada Gareau, penetraron hasta dicho pueblo, del cual se apoderaron. La division de Campoverde á su llegada á Capellades recibió orden para marchar á arrojar al enemigo de Puigcerdá; y aquel entendido gefe la ejecutó con tanto conocimiento y actividad, que en cuatro dias se puso delante del enemigo: este no se determinó á esperarle y se retiró á tomar posicion por la parte de Llivia; mas el 29 de setiembre lo atacó Campoverde en Sallagosa, dentro ya del mismo territorio frances, é hizo desaparecer sus tres batallones, haciéndoles 500 muertos, apoderándose de dos cañones y de algunos centenares de prisioneros, exigiendo algunas contribuciones en dinero y víveres, y trayéndose consigo 4,000 cabezas de ganado de diferentes especies. Los paisanos que entraron en Francia con la division, se entregaron á varios excesos, quemando diferentes pueblos enemigos, ínterin los soldados perseguian á los franceses hasta las mismas murallas de Montliús.

No se mostraban menos activos los demas gefes del Principado. D. Juan Clarós molestaba á los franceses hácia Figueras, y el coronel D. Luis Creeft con los húsares de San Narciso por Besalú y Bañolas.

El teniente coronel D. Mariano Villa, que estaba á las órdenes del baron de la Barra, atacó á un batallon enemigo que habia pasado el Ebro por las inmediaciones de Flix, y maniobró con tanto acierto, que despues de haberle separado de sus barcas y muerto mucha gente, obligó á rendir las armas á 225 hombres, entre los que habia un teniente coronel, 4 capitanes, 8 subalternos y un cirujano mayor.

Con igual felicidad atacó el coronel D. Agustin Sotomayor á la bayoneta, y con fuerzas muy inferiores, un campamento que tenian los enemigos en Garcia, los arrojó de él y le quemó, despues de haberse apoderado de gran cantidad de fusiles y mochilas, y de 300 cabezas de ganado.

El coronel D. Juan Clarós, que mandaba una columna española y, como diji-

mos, molestaba á los franceses hácia Figueras, tuvo una accion, en la cual se apoderó de un convoy de mas de cincuenta carros, y dos cañones y un obus que venian de aquella plaza para Gerona; pero la indisciplina con que los vencedores se abandonaron al pillage, dió lugar á que el enemigo, que los observaba, aprovechando aquella confusion y desorden, recuperase cuanto habia perdido, á escepcion de un teniente coronel de artillería y 8 soldados prisioneros, único fruto que reportó aquella columna del arrojó con que habia batido al enemigo.

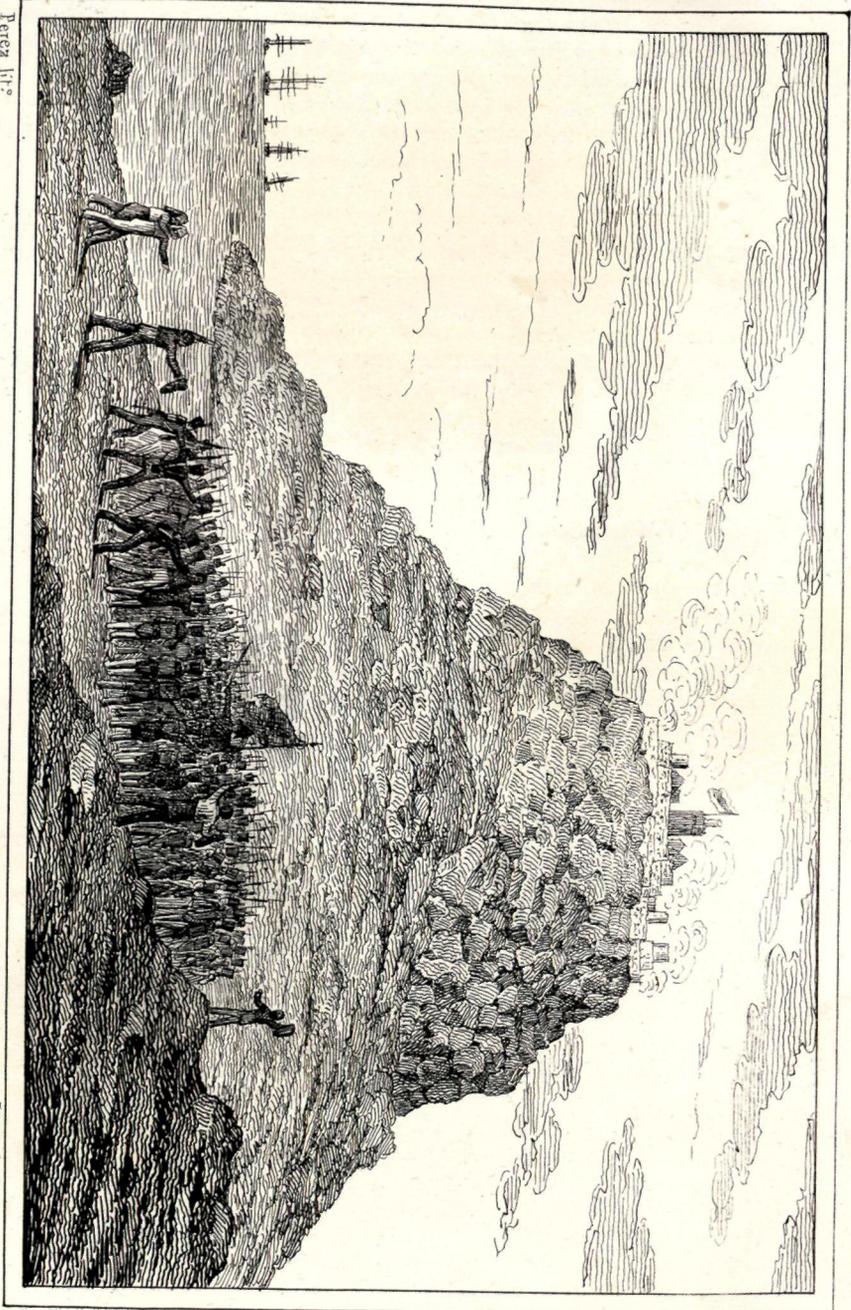
El baron de Eroles, que ya habia acreditado su valor en el sitio de Gerona, se encargó, despues de Campoverde, del mando del norte de Cataluña, con el título de comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdan; y desde el principio de su mando causó mucho daño al enemigo, sobre el qual alcanzó una completa victoria el 18 de octubre. La posicion en que se hallaba cerca de Darnius, incomodaba mucho á los franceses en la conduccion de sus convoyes. Con el fin de desalojarle de ella y de proteger el tránsito de un convoy que estaba ya en camino, reunieron todas sus fuerzas, aumentadas con mas de mil paisanos roselloneses; pero el baron, noticioso de esta reunion, los engañó con una retirada falsa que mandó emprender á una parte de su gente hácia Llorona, mientras él con una contramarcha se dejaba caer sobre el camino real. No tardó en llegar el convoy, del que se apoderó totalmente, despues de haber dejado en el sitio 5 oficiales enemigos y 250 soldados, y hecho prisioneros otros dos de los primeros y 73 de los segundos, sin mas pérdida que la de haber sido herido el mismo baron de un bayonetazo, y herido tambien un soldado. Esta desproporcion de muertos que á primera vista se hace increíble, pero que fué tan positiva que los mismos enemigos la confesaron, consistió en la tenacidad con que aquellos se defendieron, y en la prontitud y valor con que cayendo sobre ellos los húsares de San Narciso y demas tropa, no les dieron lugar á reconocerse.

Sumamente irritado el enemigo con este descalabro, trató de vengarse, y para ello reunió el general Collier en Lladó 2,000 infantes y 400 caballos, para atacar al baron en Tortellá, adonde se habia retirado despues de la accion del 18; mas este, sabedor del proyecto, tomó la resolucion de prevenirse, aunque inferiorísimo en fuerzas, y con el estravío ademas del batallon de los almogabares que se separó en la marcha forzada que emprendió en la noche del 20 al 21 para atacarlos en su misma posicion. No pudo verificarlo con tanto silencio que el enemigo no tuviese conocimiento de ello, en términos que cuando llegó á avistarse con él, le encontró no solo en disposicion de resistirle, sino de atacarle, lo que ejecutó por tres veces; pero fué tanto el brio y valor de los españoles, que despues de rechazarle, le obligaron á emprender la fuga, abandonando fusiles y mochilas, sin que fuese posible á sus gefes detener á los fugitivos hasta las mismas murallas de Figueras.

Irritados los españoles de haber visto pasar por las armas á un paisano, no dieron cuartel en esta ocasion, de modo que solo se hicieron prisioneros un oficial, tres sargentos y cuatro soldados. El cansancio de la tropa, que en marchas habia hecho en 5 dias 60 horas de camino, no permitió seguir al alcance del enemigo. Esta gloriosa accion no costó mas que dos muertos y siete heridos.

Mientras el ejército español se batia con tanta bizzarria en todas partes, embarcáronse unos 200 hombres, á las órdenes del teniente coronel Oronnan, en las fragatas inglesas la *Cambrian* y la *Voluntaria*, y corriendo la costa de levante desde Rosas arriba, hicieron varios desembarcos en la Selva, Cadagués y Llanza, destruyendo las baterías que tenia el enemigo para proteger su comercio costanero, y recogiendo las contribuciones que dos años hacia no pagaban aquellos pueblos, y ademas diferentes artículos y víveres pertenecientes al enemigo.

Aunque todas estas acciones que hemos referido y otras infinitas, cuya enumeracion seria imposible, no eran decisivas ni á veces de grande importancia, servian sin embargo para embarazar á los franceses, entorpecer sus operaciones, interceptar sus convoyes, privarlos de víveres, y para tenerlos siempre en aque-



Perez 149

JURAMENTO DELANTE DE MONJICH

Integ. de Perez y Donou.



lla constante inquietud y alarma que no les dejaban gozar un momento de reposo. Esa especie de guerra era la que con mas seguridad diezaba las filas enemigas, poblaba los hospitales y consumia los ejércitos franceses, obligándolos á demandar sin cesar refuerzos de su país, en el que por esta causa llegó á mirarse con tanto horror y espanto la guerra de España, como miraron los romanos la de Numancia. Prueba cierta, señal positiva de que el carácter español no ha degenerado, de que conserva los mismos quilates que distinguia al de sus padres, y de que si ha dejado pesar sobre su cerviz el duro yugo del despotismo, no ha sido por defecto de valor, sino por falta de virtudes en los que lo han dirigido. ¡Aparezca un hombre revestido de ellas y la tiranía huirá para siempre de la patria de Padilla!



la constante impotencia y abisma por no se dejaban coxos en momento de reposo. En respecto de guerra era la que con mas seguridad dice sobre las cosas, poblaba los hospitales y comensaba los ejercicios militares, obligándolos á abandonar sus casas y labores de su país, en el que por esta causa llegó á mirarse con tanto horror y espanto la guerra de España, como miraron los reyes de Navarra. Fraseo contra, señal positiva de que el carácter español no ha degenerado, de que enerva los mismos puntos por desgracia de de sus padres, y de que si habido pesar sobre su cuerpo el duro yugo del despotismo, no ha sido por debilidad de valor, sino por falta de sentido en los que lo han dirigido; Aparece un hombre reverso de ella y lo tiene para siempre de la guerra de España.



CAPITULO IX.

Posicion del mariscal Maedonald.—Disposiciones de Suchet.—Aragón: carácter de Carvajal.—Actividad de D. Pedro Villacampa.—Sus sorpresas en Andorra y las Cuevas.—Combate de la Fuen Santa.—Sorpresas sobre el Ebro.—Son arrojados los españoles de Falset.—Valencia.—Disposiciones de Bassecourt.—Accion de Uldecona.—Amagos de las cañoneras inglesas sobre la Rápita.—Buena predisposicion de la Junta de Valencia.—Cataluña: ventajosas posiciones de su ejército.—Accion de Cardona.—Entusiasmo y arrojo del general Obispo.—Entra un nuevo convoy en Barcelona.—Entrevista de Maedonald y Suchet.—Activan los franceses el sitio de Tortosa.—Nuevas posiciones del ejército español de Cataluña.—Rechaza á los franceses un destacamento de Tortosa.—Ataques en Catellfolit y el llano de Polige.—Desgraciada sorpresa del brigadier Georget.—Posicion topográfica y militar de Tortosa: sitio de esta plaza: su rendicion.—Sentencia contra el conde de Alacha.—Resúmen.



MIENTRAS tenian lugar los últimos sucesos espuestos en el capítulo anterior, permanecia el Mariscal Maedonald acantonado en Cervera, Tárrega y sus alrededores, menos una division de 2,500 hombres que tenia destacada sobre la izquierda del Ebro para proteger su navegacion. Empezaba ya de nuevo á inquietarle el cuidado de abastecer á Barcelona, habiendo trascurrido dos meses desde la introducion del último convoy, y reproduciéndose por lo mismo los apuros de aquella plaza. Anunciósele en esto otro convoy que venia de Francia, y no bastando para librarle de caer en poder de nuestras tropas las que tenia en el Ampurdan el general D' Hilliers, se determinó Maedonald á marchar sobre Gerona, luego que los nuevos víveres se aproximáran, á fin de conducirlos á la capital del Principado.

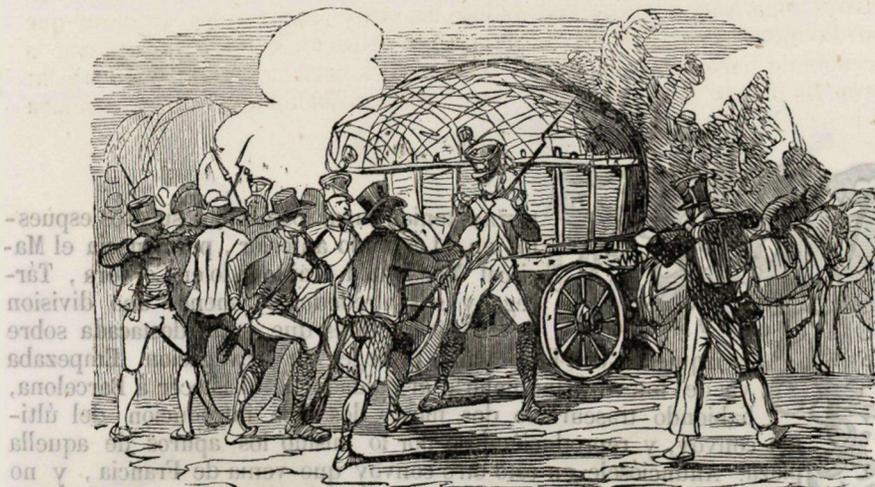
Con este movimiento, efectuado en noviembre, segun luego veremos, quedaron suspendidos durante dicho mes los progresos del sitio de Tortosa, ni mas ni menos que en setiembre y octubre. No habia penido solamente aquella interrupcion de no haber podido Maedonald cooperar á aquel objeto, sino tambien de los muchos obstáculos que se habian ofrecido á Suchet para la conduccion de los pertrechos necesarios. Las lluvias del equinocio habian aumentado las aguas del Ebro, y si lo que se iba adelantando en el camino de ruedas contribuia á allanar parte de los tales obstáculos, quedábanle al frances que vencer los que constantemente oponia la continúa vigilancia de nuestras divisiones y partidas.

Resuelto, sin embargo, Suchet á llevar adelante su intento, habia tratado ya en setiembre de recibir desde Mequinenza convoyes por agua, no menos que de asegurar el tránsito, haciendo el 17 pasar de Flix á la otra orilla del Ebro un batallon napolitano,

que fué el que dijimos haber sido destrozado completamente por el teniente coronel D. Mariano Villa. La poca agua que todavía traía el Ebro detuvo la salida del convoy, impidiendo así que tuviese la misma suerte de los napolitanos. En otras varias ocasiones incomodó á los enemigos el baron de la Barra con su constante vigilancia.

Con la misma cuidadosa atención desempeñaban igual cargo los valientes aragoneses. Gobernábalos en gefe desde agosto D. José María de Carvajal, nombrado por la regencia á fin de que las diversas partidas y cuerpos que recorrian el Aragón reconociesen en él un solo gefe; pensamiento oportuno sin duda, y que habría sido de suma utilidad si la eleccion hubiera recaído en persona capaz de desempeñar aquel puesto; pero desgraciadamente encomendóse este á un hombre de limitada capacidad. Carvajal estableció en Teruel muchas oficinas y dió muchas y ostentosas proclamas; pero falto de las disposiciones necesarias para gobernar con acierto, embarazaba á los gefes subalternos en vez de ayudarlos, exigiéndoles demas de eso mas deferencia de la que era justa, y como el que mas descollaba entre todos era D. Pedro Villacampa, este era al que mas importunaba. Villacampa no obstante continuaba la guerra con el mismo teson que siempre, cojiendo el 6 de setiembre en Andorra un destacamento enemigo, y al siguiente dia en las Cuevas de Cañati un convoy con 436 soldados y 3 oficiales. El coronel Plieque, co-

Las de esta plaza: su rendición.—Socorro contra el camp de Alcañiz.—Resumen.



CONVOY COJIDO POR VILLACAMPA.

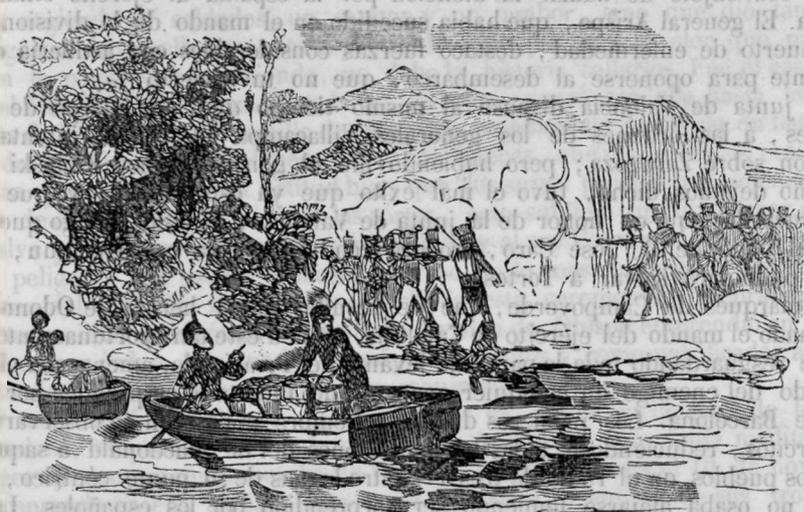
mandante del convoy, logró escaparse, achacándose á Carvajal la culpa por haber retenido lejos una parte de sus tropas so pretexto de revista. Incomodado Suchet con tales pérdidas, envió de Mora para ahuyentar á Villacampa alguna fuerza, á las órdenes del general Habert, el cual, reunido á los coroneles Plieque y Kliski, situados hácia Alcañiz, obligó al español á meterse en la Sierra.

Poco tiempo estuvo ocioso Villacampa, puesto que antes de pasar un mes apareció otra vez incomodando á los franceses; empeñado Suchet en destruirlo, destacó al efecto á Klopiski del bloqueo de Tortosa, con siete batallones y 400 caballos. Villacampa retrocedió entonces, y Carvajal evacuó á Teruel, donde entraron los franceses el 30. Siguiéron estos á los españoles, y en la mañana siguiente alcanzaron su retaguardia mas allá de la quebrada de Alventosa, cojiéndoles 6 piezas y varios caballos con algunos carros de municiones.

Klopiski creyó con esto haber destrozado del todo á los españoles; pero pronto conoció su engaño, y que habia quedado en pié la mayor parte de la fuerza del general Villacampa. Tratando entonces de aniquilarla, se encontró con ella el 12 de noviembre en las alturas inmediatas al santuario de la Fuen Santa, espaldas de Villed. Villacampa tenia unos 3,000 hombres, manteniéndose Carvajal con alguna gente en Cuervo, á una legua del campo de batalla. La posicion española era fuerte, aunque algo prolongada, y fué defendida tenazmente, hasta que la izquierda por último fué atropellada y envuelta. De la division de Villacampa perecieron unos 200 hombres, ahogándose muchos en el Guadalaviar al cruzar el puente de Libros, que se hundió con el peso.

Considerando Klopiski cumplida su comision, tornóse al sitio de Tortosa, dejando á Kliski con 1,200 hombres para defender por aquella parte contra Villacampa la orilla derecha del Ebro.

El sucesivo aumento que de dia en dia iban adquiriendo las aguas de este rio, dió á los franceses ocasion de trasportar cuanto necesitaban á fin de completar el sitio de Tortosa, mas no lo consiguieron sin considerables trabajos y pérdidas. El 3 de noviembre partieron de Mequinenza diez y siete barcas escoltadas por tropa francesa, la cual las seguia por las márgenes del Ebro. La rapidez de la corriente hizo que las barcas en cuestion tomasen la delantera. Aprovechó esta coyuntura el teniente coronel Villa, puesto en emboscada entre Fallo y Rivarroya, y atacando el convoy, cogió varias barcas, salvándose las otras gracias á los refuerzos que acudieron. Lo mismo sucedió el 27 de noviembre respecto de otro convoy, con la sola diferencia de haberse adelantado las escoltas: los catalanes puestos en acecho acometieron las barcas, y haciéndolas barar, apresaron 70 hombres de la guarnicion de Mequinenza que vinieron á socorrerlas.



BARCAS APRESADAS POR LOS ESPAÑOLES.

Como todas estas sorpresas eran ejecutadas ó apoyadas por la division española estacionada en Falset, determinó Suchet atacar dicha division para facilitar la aproximacion del 7.º cuerpo, cuya venida aguardaba. A este fin envió contra ella al general Habert el 19 de noviembre, y á pesar de la obstinada resistencia de los españoles, mandados por el baron de la Barre, cojiónos el frances 300 pri-

sioneros, contándose entre ellos el general García Navarro, que luego tuvo la felicidad de escaparse.

Don Luis Bassecourt por el lado de Valencia intentó también molestar á los franceses y aun divertirlos del sitio de Tortosa, para lo cual salió de Peñíscola en la noche del 23 de noviembre, marchando hácia Ulldecona con 8,000 infantes y 800 caballos, divididos en tres columnas: la del centro la mandaba el mismo Bassecourt; la de la derecha, que iba camino de Alcanar, D. Antonio Porta; y la de la izquierda D. Melchor Alvarez. Al llegar el primero cerca de Ulldecona, perdió tiempo aguardando á Porta; pero impaciente con su tardanza ordenó al fin que avanzasen guerrillas de infantería y caballería, y que al oír cierta señal atacasen. Hizose así, sosteniendo Bassecourt la acometida por el centro con el grueso de los ginetes, y por los flancos con los peones. Hasta tercera vez insistieron los nuestros en su empeño; pero no descubriéndose todavía ni á Porta ni á D. Melchor Alvarez, tuvieron que retirarse á Vinaroz. Mientras descansaban en este pueblo, presentáronse de improviso los enemigos y nos pusieron en completo desorden, obligándonos á refugiarnos en Peñíscola precipitadamente. Aquí volvió Bassecourt á reunir su gente, llegándole luego la noticia de haberse mantenido salva la izquierda que mandaba D. Melchor Alvarez, dado que la division de Porta se habia reunido á Bassecourt en Vinaroz. La pérdida fué corta en ambos ejércitos; pues aunque nosotros tuvimos bastantes prisioneros, consiguieron muchos fugarse. El coronel del escuadron de la Reina, D. José Velarde, contóse en el número de estos. La causa de tal descalabro quedó en problema, achacándola unos á la lentitud de Porta, y otros á la falta de cálculo en Bassecourt, que no previó los tropiezos que encontrarían en la marcha las columnas de derecha é izquierda.

Interin los españoles verificaban su ataque en Ulldecona, dirijiéronse 20 lanchas cañoneras inglesas á amenazar la torre de la Rápita, amagando un desembarco, con objeto de llamar la atencion por la espalda al ejército sitiador de Tortosa. El general Arispe, que habia sucedido en el mando de la division á Laval, muerto de enfermedad, destacó fuerzas considerables con artillería correspondiente para oponerse al desembarco, que no tuvo efecto.

La junta de Valencia dispuso al mismo tiempo que un cuerpo de 6,000 hombres, á las órdenes de los generales Villacampa y Carvajal, intentase una diversion sobre Zaragoza; pero habiendo ido el general polaco Klopiski contra él, como dejamos dicho, tuvo el mal éxito que ya espresamos, y que volvemos á recordar aquí en honor de la junta de Valencia, la cual, luego que se vió libre del yugo de D. José Caro, procuró coadyuvar á la causa comun, é hizo cuanto pudo para salvar á Tortosa.

El marques de Campoverde, que de resultas de la herida de Odonnell habia tomado el mando del ejército de Cataluña, tenia á este tan oportunamente situado, que resguardando toda la parte de levante del Principado, amenazaba el flanco izquierdo del enemigo en cualquier avance que intentase emprender por el camino de Barcelona. Los primeros dias de setiembre se pasaron en observarse ambos ejércitos, reduciéndose todas las operaciones del de Macdonald á saquear y robar los pueblos en el radio de tres á cuatro leguas de su punto céntrico, punto de que no osaba alejarse temiendo ser sorprendido por los españoles. La falta de recursos que experimentaba, y la necesidad de proteger el convoy que venia de Francia para Barcelona, convoy que sin la presencia de su ejército iba indudablemente á caer en manos de los españoles, comprometiendo la seguridad y conservacion de aquella plaza, decidieron al fin á Macdonald, como poco há digimos, á emprender su marcha hácia la capital luego que entrara noviembre. Entretanto, cansado de tener siempre sobre su flanco izquierdo la division de Campoverde, situada entre Sanahuja y Ribelles, quiso antes arrojarla de aquellos puntos, y para ello dirigióse con todas sus fuerzas, triplicadas de las de aquel, con marcada intencion de envolverle, enviando una division por Pons y otra por

Gisona sobre Tona, mientras adelantaba él por el centro sobre Sanahuja. Este movimiento obligó á los españoles á retirarse á Solsona; pero seguidos por el enemigo tuvieron que dirigirse hácia Cardona, en cuyas inmediaciones tomaron posiciones ventajosas, no habiendo tenido en su ordenada marcha retrógada la menor pérdida, ni de hombres ni de víveres. Los enemigos entraron el 19 en Solsona, donde cometieron las mayores atrocidades, y en la noche del mismo día incendiaron su catedral.

El 21 del mismo octubre atacaron los franceses á nuestras tropas en sus posiciones delante de Cardona; pero fueron siempre rechazados en sus repetidas embestidas, y despues perseguidos por nuestros valientes soldados por espacio de mas de legua y media, no sin sufrir considerable pérdida, consistiendo la de los españoles únicamente en cinco soldados y dos caballos muertos y en 33 soldados heridos, á pesar de haber sido los enemigos arrojados á la bayoneta de los apostaderos que protegian sus ataques. El gefe enemigo, pesaroso del mal éxito de su tentativa, volvió á Agramunt abandonando á Solsona, persiguiéndole los españoles constantemente hasta situarse de nuevo en sus inmediaciones y cansar otra vez su paciencia. Desde entonces no hizo Macdonald otra cosa que destacar continuamente divisiones en distintas direcciones, haciéndolas volver inmediateamente, no siendo con esto otro su objeto que precipitar á los españoles en un lance que le proporcionase las ventajas que debía esperar de la superioridad de sus fuerzas; pero la prudencia del general español frustró todos sus designios.

El general Obispo, situado en la línea del Llobregat para contener, incomodar y estrechar la guarnicion de Barcelona, hizo un pequeño reconocimiento el 7 del mismo octubre sobre aquella plaza con sus guerrillas, logrando sorprender y hacer prisionera la gran guardia que el enemigo tenia en el punto llamado la Cruz-cubierta, guardia compuesta de un capitan y 45 hombres, á mas de los que quedaron tendidos en el campo.

El día 25 no solo repitió la misma funcion y con igual éxito, matando 5 hombres y cogiendo 37 soldados, un capitan y un tambor, sino que dió tambien al enemigo uno de aquellos grandes espectáculos que por la fe y valor que manifiestan en la causa que se defiende, no debe la historia callarlos. Fué el caso que el general Obispo, á la cabeza de toda su division, avanzó con ella hasta las faldas mismas de la montaña del castillo de Monjuich, mandándola desplegar en batalla á la vista de Barcelona y bajo el fuego del cañon frances, que disparaba sin cesar desde la plaza y castillo. En esta actitud hizo que los suyos prestasen el solemne juramento de obediencia y fidelidad á las córtes, acto sublime que tuvo lugar con triple salva y repetidas aclamaciones á la nacion y al rey Fernando, sin que el inminente peligro á que estaba espuesto alterase en lo mas mínimo la alegría y entusiasmo del soldado. Despues de concluida esta ceremonia, celebrada de un modo tan militar y heróico, la valiente division de Obispo emprendió su retirada con el mayor órden, sin que los enemigos, atónitos y como petrificados á la vista de tanta intrepidez, osasen salir en su seguimiento.

El mariscal Macdonald, á quien dejamos en Agramunt despues de la accion de Cardona, emprendió con todo su ejército la marcha que tenia meditada para proteger el convoy que esperaba de Francia. Llegó á Gerona el 10 de noviembre, y descansando en ella algunos dias, que ocupó en el equipo de sus tropas y en reemplazar con los conscriptos recién venidos de Francia las muchas bajas que habia experimentado su ejército en las diferentes acciones referidas, se puso en marcha para Barcelona con el anunciado convoy, entrando en dicha ciudad el 25, merced á las crecidas fuerzas que consigo llevaba.

Las muchas cortaduras que los catalanes habian hecho en los caminos mientras Maldonald estaba concentrado en Lérida y Cervera, hicieron la marcha del mariscal sumamente penosa.

Cumplido ya el primer objeto que ocupaba de continuo á Macdonald, que era la provision de Barcelona, conoció ser llegado el día de ejecutar lo acordado con Su-

chet, y ayudar seriamente á la completa formalizacion del sitio de Tortosa. Para verificarlo, dejó en Barcelona 6,000 hombres, poniendo á las órdenes del general Beraguey D' Hilliers en Gerona y Figueras otros 14,000, de los cuales la mayor parte quedaban disponibles para guerrear en el campo y mantener las comunicaciones con Francia, y con los 15,000 restantes marchó él mismo la vuelta del Ebro, entrando en Mora el 13 de diciembre. Concertáronse él y Suchet, y estableciendo este su cuartel general en Jerta, ocupó Macdonald los puestos que antes cubria la division de Habert, empezando desde entonces á activarse con rapidez los trabajos del sitio en cuestion.

Salido Macdonald de Barcelona, siguió sus movimientos el grueso del ejército de Campoverde, sin tener otro encuentro de consideracion que el que sostuvo una pequeña seccion de la division del general Obispo, á las órdenes del coronel Sarsfield, junto á los Monjos, donde se hallaba con objeto de contener al enemigo en su marcha y descubrir el movimiento de todo el ejército. Habiéndose presentado la vanguardia enemiga en número de 3,000 infantes y 400 caballos, formó Sarsfield sus tropas en batalla para recibirle, lo cual bastó para contenerla; pero reforzada con nuevas tropas empezó el ataque con sus guerrillas. Sarsfield no tenia consigo sino el regimiento de Ultonia, dos escuadrones de caballería y varias partidas sueltas de otros cuerpos, por lo cual mandó retirar sus fuerzas; pero habiendo sido atacada su retaguardia por dos escuadrones de caballería francesa, fueron tan bizarramente recibidos por los coraceros españoles, que despues de haberles hecho sufrir bastante pérdida, tuvieron que retirarse precipitadamente sin atreverse á incomodar á los españoles.

Nuestro ejército de Cataluña se hallaba á esta sazón distribuido del modo siguiente: una division de 8,000 hombres, á las inmediatas órdenes de Campoverde, estaba destinada á obrar contra los franceses en la orilla izquierda del Ebro, en union con otra al mando del general Iranzo, compuesta de dos batallones de infantería y 700 caballos. Estas tropas, situadas en Valls y en las gargantas de los pasos que conducen á sus llanos, debian oponerse á la bajada de Macdonald al campo de Tarragona, teniendo igualmente orden Iranzo de ocupar con su artillería, en el caso de dejar sus posiciones, la llanura de Urgel, mientras Campoverde, con el resto de las tropas, marchase sobre la posicion de Falset. La tercera division, á las órdenes del general Obispo, que con el nombre de volante estaba en marcha por el Llobregat, no debia tener punto fijo, sino obrar en cualquier sentido que pudiese dar recelos al enemigo, así como incomodarle en todas sus comunicaciones, y oponerse á cualquiera operacion que pudiesen emprender la guarnicion de Barcelona, ó las fuerzas francesas del Ampurdán, debiendo ser en caso de necesidad su punto de retirada Monserrat y Cardona.

Tal era el plan adoptado por Campoverde, cuando Macdonald con su ejército se dirigió el 13 de diciembre por Prades, Cornudella y Masos de Mora á Ginesta, estableciéndose en la llanura que existe entre este último pueblo y Tivisa. El general Suchet protegió este movimiento adelantando una division sobre Falset, division que se corria por su derecha á medida que llegaba el otro, con el fin de interceptar la comunicacion de los españoles con la plaza de Tortosa, intentando cortar la retirada á un destacamento español de la guarnicion de aquella, que se hallaba apostado en el Coll de Alba. Atacado este destacamento por el enemigo, supo burlar sus designios retirándose á la plaza despues de una gloriosa defensa, la cual costó á Macdonald mas de 400 hombres; pero desde este momento quedó cerrada á los españoles toda comunicacion con la plaza, y dos convoyes de víveres que estaban en camino para ella, uno por mar y otro por tierra, tuvieron que retroceder, si bien entró en Tortosa una pequeña parte de este último, salvándose felizmente la otra parte.

El general Iranzo ocupó á Mont-blanc el mismo dia que lo abandonó Macdonald, y la division de Campoverde marchó sobre Riudecos, ocupando con fuertes avanzadas el Coll de Irlas y el de Alforja. Macdonald, reforzado con 4,000 hombres de las

tropas de Suchet, se situó en posiciones casi inespugnables, en el terreno que media desde Ginesta por el Coll de Alba hasta el Ebro, en cuya orilla izquierda se apoyó. Campoverde, con muy cortas fuerzas á su disposicion, nada podia intentar contra él.

El baron de Eroles, que entonces ocupaba á Olot, supo que las tropas enemigas de Gerona trataban de sorprenderle, y no teniendo fuerzas para defenderse en su posicion, se retiró á la falda de la subida del Grau en la noche del 5 al 6 de diciembre, cuando estaban á la vista los enemigos que venian á atacarle. Sus guerrillastuvieron choques con los franceses, los cuales permanecieron en Olot hasta la mañana del 8, en que marcharon para ocupar de nuevo sus antiguas posiciones en Besalú. El aviso de esta retirada llegó al campo del baron á tiempo que sus tropas iban á repartir el rancho, el cual abandonaron, y por un movimiento espontáneo y universal marcharon en persecucion del enemigo con tal rapidez, que á pesar de

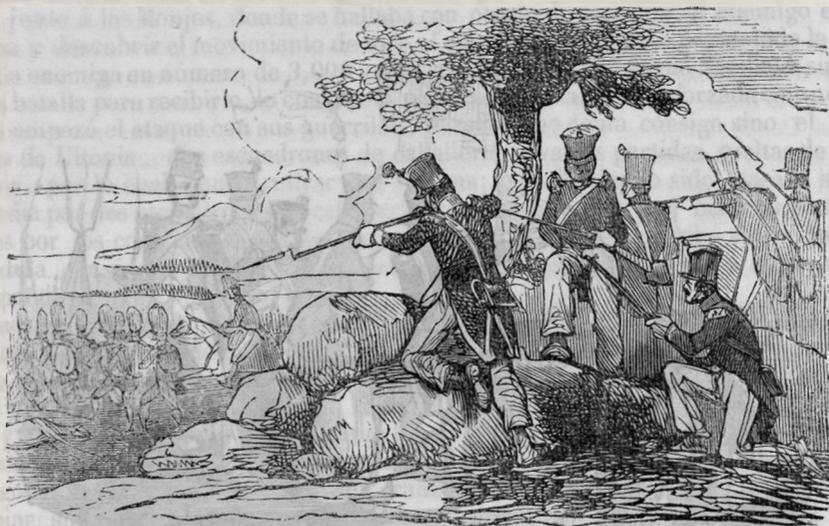


RANCHO ABANDONADO.

hallarse este ya cinco cuartos de legua de distancia, le alcanzaron en Castellfolit y le atacaron con tal arrojo, que arrollaron su vanguardia y la pusieron en huida. Siguieron despues el alcance; pero al salir de los pasos escabrosos se encontraron con el grueso de la division enemiga, que sostenida por su caballería y artillería habia tomado posicion en el llano de Polige. El baron carecia de estas dos armas, no habiendo podido seguirle en la celeridad de su marcha sino solo 20 húsares de San Narciso; pero á pesar de esa desventaja, embistió con arrojo al enemigo, y lanzándole de su posicion, le persiguió hasta mas allá de Besalú. La noche y el cansancio terminaron esta gloriosa accion, y el baron, satisfecho con haber tendido cadáveres mas de 300 enemigos y herido 500, regresó triunfante á Olot á dar el debido descanso á sus tropas, las cuales perdieron solamente un oficial y 24 soldados muertos, y 4 oficiales y 55 soldados heridos. El número de franceses prisioneros ascendió en dicha accion á solo 10, habiendo sido tan corto, porque preocupados con que no se les daba cuartel, preferian precipitarse por los barrancos y peñas, á entregarse á discrecion.

La imposibilidad en que entonces se hallaba el ejército español respecto á socorrer á Tortosa, y la dificultad de atacar con buen éxito á Macdonald, que le habia cortado toda comunicacion con aquella plaza, tenian, junto con la ausencia de Odon-

nell, cuya herida continuaba agravándose, muy desalentada á la tropa. Para acertar con los medios que en tan críticas circunstancias debían adoptarse, convocó Campoverde un consejo de generales, y en él se acordó la ocupacion de Urgel, y la sorpresa de los destacamentos enemigos que guarnecían aquel país. Encargado de la ejecucion de empresa tan arriesgada el brigadier D. Bartolomé Georget, salió este jefe de Mont-blanch en la noche del 2 al 3 de enero, y á pesar del temporal de frio y nieves que reinaba á aquella sazón sorprendió, al rayar el día, con una columna de 673 caballos y otros tantos infantes, al enemigo, superior en número, en el acto de empezar á formarse. Los franceses tuvieron que ceder al arrojo de los españoles, poniéndose en precipitada fuga, y de-



jando en nuestro poder 200 prisioneros, con muchos muertos en el campo. Esta ventaja exaltó en tales términos el valor de nuestros soldados, que se arrojaron imprudentemente á perseguir á los enemigos, sin que estos, en dos veces que lograron formarse, pudiesen contener su acometida, siendo deshechos una y otra vez, hasta que á la tercera, reforzados por un trozo de caballería, cargaron sobre los españoles, que fatigados por tan larga marcha y repetidos encuentros, se vieron precisados á cejar, retirándose con precipitación, quedando prisionero el brigadier Georget, y rescatados por el enemigo los soldados que anteriormente les habían cogido los españoles. Estos tuvieron 70 caballos muertos, quedando rodeados de enemigos, por la retirada de la caballería, el batallón de infantería expedicionario con su comandante D. Juan Orrian y Maimó, á cuya presencia de ánimo y atinadas disposiciones se debió el que pudiera retirarse sin mas pérdida que la de cinco prisioneros, ocho muertos y treinta y ocho heridos, á pesar de haber sido vivamente perseguido por espacio de mas de legua y media por 70 caballos enemigos. El demasiado ardor de los soldados, y la suma intrepidez y confianza del jefe que los mandaba, malograron una expedición que con tan buenos auspicios había empezado.

En este mismo día se recibió la inesperada noticia de la rendición de Tortosa, por cuya conservacion habían hecho todos estos movimientos y arrostrado tantas fatigas las tropas del antiguo Principado. Preciso será por lo tanto ocuparnos de dicha rendición, y del sitio que solo por incidencia hemos dos ó tres veces mencionado.

Hállase Tortosa situada entre una cadena de montañas y al recuesto de un elevado monte, á 4 leguas del Mediterráneo, ascendiendo su poblacion de 44 á 42,000 habitantes. Sus fortificaciones irregulares, de orden inferior, construidas en diversos tiempos, suben y bajan alternativamente, segun los altos y caidas de la desigualdad del terreno. Al sudeste é izquierda del rio se levantan los baluartes de San Pedro y San Juan, con una cortina no terraplenada, que cubre la media luna del Temple. El recinto se eleva despues en parage roqueño, amparado de otros tres baluartes, por cuyo lado embistió la plaza el duque de Orleans en la guerra de sucesion: desde dicho tiempo, considerado este punto como el mas débil, se le robusteció con un fuerte avanzado, que todavía llevaba el nombre de aquel príncipe. Pasados dichos tres baluartes, precipítase la muralla antigua por una barranquera abajo, aproximándose en seguida al castillo, situado en un peñasco escarpado, y unido con el Ebro por medio de un frente sencillo. Otro recinto que parte del último de los tres indicados baluartes, se estiende por defuera, y abrazando dentro de sí al castillo, júntase luego cerca del rio con el muro mas interno. Defienden los aproches de todo este frente tres obras exteriores, de las cuales la mas lejana, sita en un alto que domina la campiña, tiene por denominacion *las Tenazas*. Comunica la ciudad con la derecha del Ebro, aqui muy profundo, por un puente de barcas, cuya cabeza está cubierta con buena y acomodada fortificacion. Entre el rio y una cordillera, que se divisa á poniente, dilátase una vasta y deliciosa vega, poblada de muchos caserios antes del cerco, y arbolada de olivares, moreras y algarrobos. á los cuales proporcionaban riego mas de 600 norias. Rica y amena vegetacion, talada y perdida en gran parte para despejar los alrededores de la plaza en obsequio de su mejor defensa. Por el mismo lado se ven el arrabal de Jesus y las Roquetas.

Desde mediados de julio gobernaba á Tortosa el conde de Alacha, el mismo que con tanta gloria señaló en 1808 su atrevida retirada de Tudela. Era su segundo D. Isidoro Uriarte, coronel de Soria, teniendo ambos á sus órdenes una guarnicion cuyo número ascendia á poco mas de 7,000 hombres. El vecindario en un principio no desmereció en su conducta de la que mostraron otras ciudades de España en sus respectivos sitios.

El general Suchet tenia semi-bloqueada esta plaza, sin que las muchas dificultades que tuvo que vencer, segun hemos ido apuntando, le proporcionasen los medios de formalizar el sitio hasta mediados de diciembre, en que desembarazado de obstáculos y ausiliado de Macdonald, se propuso con empeño realizarlo. El 45 ordenó al general Habert que ocupase las alturas de la izquierda inmediatas á la plaza, arrojando de ellas á los españoles: estos las defendieron bien; pero forzados por el número tuvieron que abandonarlas. Los enemigos echaron puentes volantes en el Ebro, á la parte superior é inferior de Tortosa, con objeto de facilitar la comunicacion de ambas orillas.

Determinaron los franceses apoderarse del baluarte de San Pedro, y como para ello debian tomar primero las eminencias situadas delante del fuerte de Orleans, que enfilaban el terreno bajo, las atacaron y se señorearon luego de ellas; lo que no hubieran logrado tan fácilmente á haberse llevado á efecto el reducto que Uriarte empezó á trazar en su cima, y que Alacha mandó suspender, sin duda aconsejado por algunos de los partidarios que no puede dejar de creerse tenia Suchet dentro de aquella plaza.

El 49 abrió el sitiador trinchera contra el fuerte de Orleans, para proteger el ataque del de San Pedro, empezando las hostilidades sobre él en la noche del 20 á favor del temporal que reinaba, impidiendo á los del fuerte apercibirse de las operaciones. La trinchera en cuestion dió principio partiendo del rio, y siguió prolongándose hasta el pié de las alturas fronteras al frente de Orleans, distando de la plaza la primera paralela 85 toesas solamente. El general Rogniat dirigia los trabajos de los ingenieros enemigos, y su artillería la mandaba el general Valée. A este tiempo reforzó Macdonald las tropas del sitio con una

division de las suyas, division que situó Suchet en el camino de Amposta.

Continuaba el general sitiador sus trabajos con la mayor actividad, poniendo su especial conato en el ataque del baluarte de San Pedro, que era el mas principal, sin descuidar por eso el de su derecha, aunque falso, contra el frente de Orleans, como tampoco otro de la misma especie que empezó á su izquierda á la otra parte del rio, destinado á encerrar á los sitiados en sus obras. Estos hicieron algunas salidas en los dias 23 y 24. El 25 terminó el enemigo la segunda paralela, distante por el lado izquierdo solamente 33 toesas del baluarte de San Pedro, y unas 50 por el otro del recinto. Los españoles hicieron dos salidas la noche del 25 al 26; pero alerta siempre el enemigo, los rechazó en ambas.

No decaido por eso el ánimo de los sitiados, repitieron otra salida en la noche del 26 al 27, siendo su resultado igual al de las anteriores. Con estas continuas tentativas, unidas al constante fuego de la plaza, conseguian los españoles retardar algo los trabajos del sitiador y matarle mucha gente, contándose entre los cadáveres no pocos oficiales distinguidos. Los franceses se situaron en la plaza de armas del camino cubierto, enfrente del baluarte de San Pedro, á fin de precaverse mejor contra toda sorpresa.

La guarnicion de la plaza, no desmayada aun con tantos reveses, verificó otra salida en la tarde del 28 con mayores fuerzas que las anteriores. Para ello desembocaron unos por la entrada del Rastro para atacar la derecha de los enemigos, y otros se encaminaron directamente al centro de la trinchera, protegiendo el movimiento los fuegos de la plaza y los del fuerte de Orleans. Los españoles acometieron con intrepidez, desalojaron á los franceses de la plaza de armas que habian ocupado, y los acorralaron contra la segunda paralela. Parte de las obras fueron arruinadas, y por ambos lados se derramó mucha sangre. Los repetidos refuerzos que recibió el enemigo obligaron á los nuestros á retirarse; pero estos conservaron hasta la noche inmediata la plaza de armas que á la salida habian ganado.

Esta salida de que hablamos fué sin duda la mejor dirigida que hicieron los sitiados, y puede decirse tambien que fué el último esfuerzo de su valor, puesto que en lo sucesivo procedieron ya flojamente. Alacha, herido en un muslo y aquejado de la gota, mostró una flaqueza extraordinaria; y aunque entregó el mando á su segundo, fué reservándose la superior intervencion en los negocios, dificultando asi cada vez mas la defensa, contradiciendo á veces el uno lo que el otro ordenaba, y faltando de todo punto la unida de accion que reclaman casos semejantes. La poblacion, que lo observaba todo, se amilanó tambien como era natural, contribuyendo su decaimiento de ánimo al que al fin se observó en muchos soldados y á la confusion general, confusion que acrecentaban los manejos secretos del enemigo y las personas de condicion dudosa que, rodeando al abatido Alacha, habian influido desde un principio en sus desacertadas providencias.

Entretanto los enemigos habian concluido ya diez baterías, con las cuales rompieron el fuego al amanecer del 29. Tres de estas baterías dirigian sus tiros contra el fuerte de Orleans y obras de la plaza que tenia á su espalda: cuatro batian la ciudad y el baluarte de San Pedro, y las tres restantes, á la derecha del rio, apoyaban este ataque, batiendo ademas el puente y toda la ribera. Acallados muy pronto los fuegos del baluarte de San Pedro, los de la media luna del Temple y los de casi todo aquel frente, abrió el enemigo brecha en la cortina. Ya anteriormente se hallaban las obras en mal estado, y tanto que el solo estremecimiento causado por nuestra artillería hundia ó resquebrajaba los parapetos. La caída de las bombas produjo en el desalentado vecindario una turbacion espantosa, turbacion aumentada por el descuido que habia habido en tomar medidas de precaucion.

El 31 quedaron apagados del todo los fuegos del frente atacado. Los franceses ocuparon la cabeza del puente á la derecha del rio, y en ella establecieron nuevas baterías, y haciéndose cada vez mas practicable la brecha de la cortina junto al

flanco del baluarte de San Pedro, esperábase de un momento á otro el crítico momento del asalto. Poco dispuesta se hallaba la plaza para rechazarle, hallándose los vecinos consternados, y los soldados casi sin guía. Metido Alacha en el castillo, ó estaba en vergonzosa inacción, ó si algo resolvía era solo para entorpecer las disposiciones ajenas. Uriarte no tenía toda la expedición necesaria en circunstancias tan apremiantes; pero deseaba el acierto, y así hizo reunir á los gefes á fin de decir lo que debía hacerse en aquel apuro, conociéndose entonces otra vez el influjo que ejerce el ejemplo de la primera autoridad en el ánimo de los subalternos. En la junta opinaron los mas de sus miembros que debía pedirse una tregua de 20 dias, y entregarse despues de ellos, si en el interin no se recibía auxilio. Este cobarde voto lo era de inmediata rendición, pues bien claro se echaba de ver que el enemigo no había de acceder á tan extravagante proposición. Los demas, aunque pocos, pidieron que se defendiese la brecha; pero al fin prevaleció, como era natural, el dictámen de la mayoría. Con arreglo á este acuerdo enarboló el castillo bandera blanca el dia 4.º de enero, marchando al campo enemigo el coronel de ingenieros Veyan con la estraña proposición de la tregua, proposición que recibió de Suchet la consiguiente repulsa. Conociendo este entonces que la plaza no podía menos de rendirse, envió á su recinto al oficial superior Saint-Cyr Nucques, facultándole para estipular una capitulación conforme á sus miras. Avistóse primero el parlamentario con Uriarte, el cual insistió en la anterior propuesta. Lo mismo hizo luego Alacha, añadiendo las siguientes palabras: «El deseo de que no se vierta mas sangre del vecindario, me había inclinado á la tregua: no concedida esta, nos defenderemos.» Si Alacha hubiese despedido en seguida al parlamentario, no pesaría hoy sobre su memoria la mancha que la oscurece. El oficial frances contestó «que conocía el estado de la plaza, y que la resistencia no sería larga.» Palabras á que un buen militar habría replicado con valor, y que hirieron no obstante en tales términos el mezquino ánimo del conde, que le hicieron súbitamente cambiar de parecer. proponiendo en el acto entrar en tratos, con tal que se diese por libre á la guarnición. Saint-Cyr rehusó entablar acomodamiento ninguno sobre tal base, cierto de que en breve dominaría el ejército frances en Tortosa. Varios de los esforzados gefes que estaban presentes quedaron atónitos é indignados al ver la repentina mudanza del gobernador; y se sospecha que partidarios de este pactaron desde entonces en secreto la entrega de la plaza, no atreviéndose á obrar á las claras por temor de la tropa, que en lo general se mostraba llena de indignación con la conducta de su caudillo.

Los franceses, no obstante sus intrigas, continuaron con ahinco sus trabajos para de una ú otra forma asegurarse el triunfo, estableciendo en la noche del 4 al 2 de enero una nueva batería, distante solo 40 toesas de una de las caras del baluarte de San Pedro. En 7 horas solamente abrieron con los nuevos fuegos otras dos brechas, sin contar la aportillada primeramente en la cortina, teniéndolo así todo dispuesto para dar el asalto. Uriarte en tal apuro, y sin tener de antemano prevenidos los medios de rechazar al enemigo, quiso que la ciudad capitulase, conservando los españoles los principales fuertes. Propuesta singular, y que se estrañaría justamente si todo lo actuado aquellos dias en Tortosa pudiera dejar lugar á la admiración. La mente de Uriarte era contemporizar entre el deseo que la tropa tenía de defenderse, y el decaimiento que se había apoderado de la mayor parte del vecindario. Alacha mientras tanto, insensible á las inspiraciones de la delicadeza militar, y sordo á todas las advertencias del honor, participó decididamente á Uriarte su irrevocable resolución de capitular así por los fuertes como por la plaza. En consecuencia de esta determinación, aparecieron tremoladas 3 banderas blancas, que despreció el enemigo continuando su fuego, no queriendo Suchet entrar en trato alguno sin que se le entregase antes en prenda el fuerte llamado del Bonete; pues temiendo la justa indignación de los soldados españoles, deseaba tener á su disposición ese medio de contenerlos.

A todo se avenía el descorazonado Alacha, y creciendo en él el miedo que abri-

gaba igualmente respecto á sus subordinados, envió á decir al general enemigo que relajados los vínculos de la disciplina, le era imposible concluir estipulación alguna si no le socorria con algunas tropas de su ejército. ¡Humillacion indigna y que apenas parece creible! Impulsado Suchet con esta noticia, y receloso de que algun súbito acontecimiento burlase sus esperanzas, partió en persona á la ciudad acompañado solo de oficiales y generales del estado mayor y de una compañía de granaderos, y avanzando hasta el castillo, y anunciando á los primeros puestos la conclusion de las hostilidades, se presentó al gobernador. Paso tan temerario acreditada bien las sospechas que indicamos antes, pues claro es que jamas lo hubiera dado Suchet sin anteriores inteligencias. Alacha, á quien sus mismos remordimien-



SUCHET Y ALACHA.

tos tenia atemorizado y abatido, se serenó con la presencia del general enemigo, á quien miraba como su libertador. Baldon eterno que no podran nunca disculpar ni la edad, ni los achaques del conde.

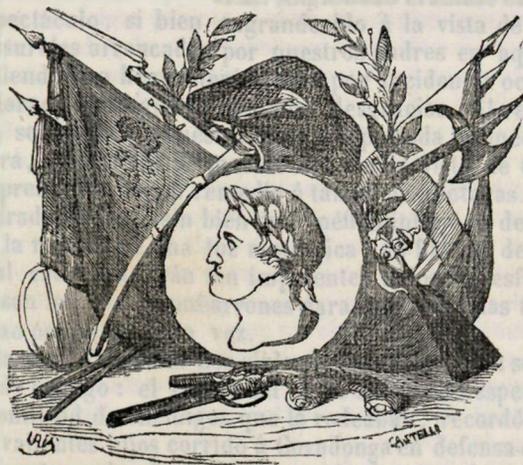
Las circunstancias apremiaban á Suchet. Los soldados españoles, aun los del mismo castillo, intentaban defenderse, teniendo el general enemigo que valerse de toda la energía de su carácter y abreviar la llegada de sus tropas para evitar un contratiempo. Hizo él mismo escribir una especie de convenio que se firmó sobre una cureña; y con la misma premura ordenó que desfilase la guarnicion con los honores correspondientes y entregase las armas, debiendo, conforme á lo estipulado, quedar prisionera de guerra. Ascendia todavia el número de soldados españoles á 3,974 hombres, habiendo los demas perecido durante el sitio: los enemigos perdieron en él unos 500 solamente.

La rendicion de Tortosa fué uno de los golpes mas funestos á la causa nacional, terminándose con él la tercera campaña. Los catalanes esperaban justamente ver renovada en aquella ciudad la gloriosa defensa de Hostalrich y emulados los lauros de Gerona. ¿Cuál no fué por lo tanto su sorpresa al esparcirse la fatal noticia? Absorto el marques de Campoverde, hizo convocar en Tarragona un consejo de oficiales generales, el cual, tomando en consideracion la conducta del gobernador de Tortosa, le declaró traidor á la patria, y como tal reo de muerte, la cual fué ejecutada en su estatua el dia 24 de enero. Al volver

á España Fernando en 1844, se abrió otra vez la causa, y dando en ella el conde sus descargos, fué absuelto por el nuevo tribunal, mas no por eso pudo el fallo de este impedir que sea harto contrario el que pronuncian respecto á la memoria de aquel la posteridad y la historia.

Cuando la rendicion de Tortosa no contaba ya el ejército de Cataluña con el brazo valiente y activo de D. Enrique Odonnell, quien debilitado á causa de su herida, y empeorada con los cuidados del mando, tuvo que embarcarse para Mallorca á fines de diciembre, recayendo este interinamente, como mas antiguo, en D. Miguel de Iranzo.

Los sucesos de Cataluña que, unidos á los de Aragon y Valencia por la íntima relacion que entre sí tienen, nos han ocupado en estos dos últimos capítulos están enlazados de tal manera, que no puede dárseles la debida claridad sin incurrir en algunas repeticiones, que hemos procurado sin embargo evitar en cuanto lo ha permitido la multiplicidad de hechos, que hemos querido presentar con toda la posible exactitud. De lo espuesto deducirá el lector el irresistible poder de un pueblo, una vez decidido á mantener su libertad é independencia. Sesenta mil franceses aguerridos, acostumbrados á vencer naciones poderosas y dirigidos por espertos generales, no han conseguido en todo este año subyugar á aquellas tres provincias, aun teniendo en su favor la poca armonía que ha reinado entre los gefes españoles. El valor y el entusiasmo de los pueblos han superado todas las faltas, y harán tambien inútil la cobarde, la incalificable conducta observada por el conde de Alacha en el último hecho narrado.



La República de Colombia se divide en departamentos y distritos, y cada uno de ellos tiene un gobernador o jefe de departamento, que es nombrado por el presidente de la República. El jefe de departamento tiene a su cargo el gobierno local y la administración de justicia en su territorio. Los departamentos son: Bolívar, Cundinamarca, Boyacá, Santander, Cauca, Valle del Cauca, Tolima, Huila, Nariño, Quindío, Risaralda, Córdoba, Sucre, Antioquia, Chocó, Cauca, Valle del Cauca, Tolima, Huila, Nariño, Quindío, Risaralda, Córdoba, Sucre, Antioquia, Chocó.

Los departamentos de Colombia son: Bolívar, Cundinamarca, Boyacá, Santander, Cauca, Valle del Cauca, Tolima, Huila, Nariño, Quindío, Risaralda, Córdoba, Sucre, Antioquia, Chocó. Cada departamento tiene un jefe de departamento, que es nombrado por el presidente de la República. El jefe de departamento tiene a su cargo el gobierno local y la administración de justicia en su territorio.

Los departamentos de Colombia son: Bolívar, Cundinamarca, Boyacá, Santander, Cauca, Valle del Cauca, Tolima, Huila, Nariño, Quindío, Risaralda, Córdoba, Sucre, Antioquia, Chocó. Cada departamento tiene un jefe de departamento, que es nombrado por el presidente de la República. El jefe de departamento tiene a su cargo el gobierno local y la administración de justicia en su territorio.



El escudo de la República de Colombia es un símbolo que representa la unidad y la libertad del país. En el centro del escudo se encuentra el perfil de un hombre, que simboliza la sabiduría y la justicia. El escudo está rodeado por una guirnalda de ramas de café y algodón, que representan las principales actividades económicas del país. En la parte superior del escudo se encuentra una bandera con el lema 'REPUBLICA DE COLOMBIA', y en la parte inferior se encuentra un scroll con el año '1819', que conmemora la independencia del país.